

VISITAS
AL
SANTISIMO SACRAMENTO
Y A
MARIA SANTISIMA
PARA TODOS LOS DIAS DEL MES
POR
SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO
AUMENTADAS CON LAS VISITAS A SAN JOSÉ

10.^a Edición

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA

ISBN: 978-84-7770-591-8

Depósito legal: M. 3.544-2011

Imprime: Impresos y Revistas, S. A.
(Grupo IMPRESA)

A MARIA, MADRE DE DIOS,
SIEMPRE VIRGEN
E INMACULADA

Santísima Reina mía, teniendo que editar este pobre librito mío, que trata del amor a vuestro Hijo, no he sabido a quién dedicarlo mejor que a Vos, Madre mía amadísima, que entre todas las criaturas fuisteis la primera enamorada de Él. Con este pequeño tributo que os ofrezco, movido por el único deseo de que Jesucristo sea cada vez más amado de las almas, me parece que complazco a vuestro Corazón, tan deseoso de verle a Él amado de todos como se merece. A Vos, pues, consagro este libro tal como es. Aceptadlo y protegedlo, haciendo no

que me resulte de alabanza entre los hombres, sino que los que lo leyeren correspondan en adelante con mayor devoción y afecto al tierno y extremado amor que nuestro dulcísimo Salvador quiso mostrarnos en su Pasión y en la institución del Santísimo Sacramento. Mientras tanto, lo pongo a vuestras plantas, y os ruego que tengáis por vuestro al don y al dador, quien hace mucho tiempo puso en Vos todas sus esperanzas, y quiere y espera, agradecidísima Señora, llamarse y ser por siempre vuestro amantísimo, aunque indignísimo siervo.

ALFONSO DE LIGORIO

(De la C. del S. R.)

AL LECTOR

Mi querido lector: Te ruego que no menosprecies este librito, compuesto por mí con sencillez, pues juzgué que así habría de ayudar a la devoción de toda clase de personas. Además, te ruego encomiendes al autor al Santísimo Sacramento, siempre que hagas uso de él en la visita al Santísimo, esté yo vivo o muerto. Yo te prometo que rogaré, en la celebración de la santa Misa, por cuantos me hicieren esta caridad.

INTRODUCCION

I.—DE LA VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

La santa fe enseña, y tenemos obligación de creerlo, que en la hostia consagrada está realmente Jesucristo bajo las especies del pan. Pero también es necesario que entendamos que está en nuestros altares, como en un trono de amor y misericordia, para conceder gracias y para demostrar el amor que nos tiene, permaneciendo oculto día y noche entre nosotros.

Es sabido que la santa Iglesia instituyó especialmente con este fin la fiesta del Santísimo Sacramento, con octava solemne y con tal lujo de procesiones y exposiciones de su divina Majestad como entonces se hace, para que los hombres, con sus ofrendas, agradecimiento y afectos, reconozcan y honren esta amorosa presencia y habitación de Jesucristo en el Sacramento del altar.

¡Oh Dios, cuántas injurias y desprecios

ha tenido y tiene aún que sufrir el amable Redentor diariamente en este Sacramento y por parte de los mismos hombres por cuyo amor se quedó en los altares de la tierra! Mucho se lamentó de ello a su querida sierva Santa Margarita de Alacoque, como refiere el autor del libro de la devoción al Corazón de Jesús. Cierta día, cuando se hallaba ella ante el Santísimo Sacramento, Jesús le hizo ver su Corazón en un trono de llamas coronado de espinas y con una cruz encima, a la vez que le decía: «He aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres y que nada perdonó para manifestárselo, hasta llegar a consumirse en el sacrificio, mientras que, en recompensa, no recibe de la mayor parte de ellos más que irreverencias, frialdades, sacrilegios y desprecios en este Sacramento del amor.» En seguida, Jesús le pidió que el primer viernes después de la octava del Corpus, para honrar a su adorable Corazón, se celebrase una fiesta especial, en la que las almas amantes se esforzaran en compensar con sus ofrecimientos y afectos los desprecios que recibe de los hombres en este Sacramento de los altares. Y le prometió abundantísimas gracias para los que le rindieran tal honor.

Esto confirma lo que el Señor dijo una vez por el profeta: Que encuentra sus de-

licias entre los hijos de los hombres. Y lo mismo confirma cuánto agradan al Corazón de Jesús quienes lo visitan a menudo y le acompañan en las iglesias donde se encuentra sacramentado.

A Santa María Magdalena de Pazzi le mandó que lo visitase treinta y tres veces al día en el Santísimo Sacramento, y esta amada esposa suya le obedeció, aproximándose al altar en cada visita cuanto podía, incluso corporalmente, según se lee en su *Vida*.

Todas las almas devotas que frecuentan la visita al Santísimo Sacramento hablen y cuenten las gracias, luces y fervor que allí reciben, y el paraíso de que gozan en la presencia de este Dios sacramentado. El siervo de Dios Padre Luis de Lanuza, gran misionero de Sicilia, era ya desde joven, e incluso de seglar, tan enamorado de Jesucristo, que no sabía separarse un momento de la presencia de su amado Señor, y eran tales las delicias que experimentaba, que, habiéndole su director mandado por obediencia que no estuviese allí más de una hora, acabada ésta, dice el autor de su *Vida*, manifestaba la gran violencia que sufría al apartarse del pecho de Jesucristo, como lo manifiesta el niño si la madre se lo retira cuando se encuentra tomándolo con más avidez. Y teniendo que

marcharse, dicen que se quedaba en pie, mirando al altar, repitiendo las inclinaciones de cabeza, como si no acertara a despedirse de su Señor, cuya presencia le era dulce y grata.

También a San Luis Gonzaga le impusieron la obediencia de abreviar las visitas al Santísimo Sacramento, y cuando pasaba cerca del sagrario y se sentía suavemente atraído por su Señor, le decía con tierno amor: «Apartaos de mí, Señor, apartaos de mí.» Aquí también encontraba San Francisco Javier el descanso en las fatigas de las Indias, porque, habiendo empleado el día en ayuda de las almas, gastaba la noche en oración ante el Santísimo Sacramento. Igual solía hacer San Francisco de Regis, el cual, encontrando a veces cerrada la iglesia, se consolaba, no obstante, arrodillándose fuera, expuesto al agua y al frío, por acompañar, siquiera de lejos, a su Consolador sacramentado.

San Francisco de Asís, en todos los trabajos que pasaba, iba al instante a contárselos a Jesús Sacramentado. Asimismo fue ternísima la devoción del rey San Wenceslao al Santísimo Sacramento. Este rey estaba tan enamorado de Jesús Sacramentado, que no sólo recogía con sus propias manos el grano y la uva, sino que también elaboraba las hostias y el vino

que finalmente repartía para la celebración de las misas. Y por las noches, aun en invierno, iba a visitar las iglesias en que se encontraba el Santísimo, y su hermosa alma acumulaba tales llamas de amor divino, que hasta el cuerpo era participante del ardor, de forma que al pisar la nieve la dejaba sin su frialdad. Cuenta la Historia que una noche, un criado acompañó al santo rey, y, compadecido éste del frío de su criado, le ordenó que le siguiese poniendo los pies en las huellas que él dejaba, con lo cual el criado ya no sentía el frío.

En las *Visitas* leerás otros ejemplos del empeño que las almas enamoradas de Dios tuvieron en frecuentar la presencia del Santísimo Sacramento, y verás que todos los santos estuvieron entusiasmados de esta dulcísima devoción. Y verdaderamente no podemos encontrar en la tierra gozo más puro ni más apetecible tesoro que Jesús Sacramentado. Ciertamente, entre todas las devociones, esta de visitar a Jesús en el Sacramento es la primera, después de la recepción de los Sacramentos; la más agradable a Dios y la más útil para nosotros. No demores, pues, alma devota, el comenzarla tú también, y apartándote del trato de los hombres, emplea de hoy en adelante, todos los días, algún tiempo, al

menos media hora o un cuarto, en alguna iglesia ante Jesús Sacramentado. *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (Ps., 33, 9). Pruébalo por experiencia, y verás el provecho que sacarás de ello. No olvides que el tiempo que gastares en conversar devotamente ante este divinísimo Sacramento será el más provechoso de la vida y el que más te consolará en la muerte y en la eternidad. Y ten sabido también que tal vez ganes más en un cuarto de hora de oración ante Jesús Sacramentado que en todos los demás ejercicios espirituales del día. Dios, en todo lugar, ciertamente, escucha las plegarias de quien le invoca, ya que prometió: *Pedid y recibiréis* (Jn., 16, 24). Pero el discípulo enseña que Jesús en el Santísimo Sacramento dispensa más abundantemente sus gracias a quien lo visita.

El beato Enrique Susón decía también que Jesucristo, Sacramentado en los altares, atiende más que en cualquier otra parte las oraciones de los fieles. ¿Dónde tomaron las almas santas más hermosas resoluciones que al pie del Santísimo Sacramento? ¿Y quién sabe si tú, ante una custodia, te decidirás a darte totalmente a Dios?

Es preciso dar a conocer en este librito, al menos por agradecimiento a mi Jesús

Sacramentado, esta verdad: que gracias a la devoción de visitar al Santísimo Sacramento, aunque practicada por mí con tanta frialdad e imperfección, me encuentro fuera del mundo en que por mi desgracia viví hasta la edad de veintiséis años. ¡Feliz tú, si, más pronto que yo, puedes apartarte del siglo y darte totalmente a aquel Señor que se entregó por completo a ti! Dichoso tú, repito, no solamente en la eternidad, mas también en esta vida! Créeme que todo es locura: banquetes, comedias, charlas, diversiones. Tales son los bienes del mundo, bienes, empero, llenos de hiel y de espinas; cree al que tiene experiencia de ello y la está lamentando. Y ten por cierto que el alma que habla con un poco de recogimiento ante el Santísimo Sacramento recibe más consuelos de Jesucristo que los que recibiría del mundo, con todos sus banquetes y diversiones. ¡Oh, qué agradable es permanecer ante un altar con fe y con un poco de tierna devoción, conversando familiarmente con Jesucristo, que está allí precisamente para escuchar y atender al que le ruega, le pide perdón por los disgustos que le ha causado, le manifiesta su necesidad, como el amigo al amigo en el que tiene completa confianza, suplica sus gracias, su amor y el paraíso. Y, sobre todo, ¡qué ventura es

conversar amorosamente con el Señor, que sobre el altar está rogando al Eterno Padre, ardiendo en llamas de amor hacia nosotros! Este amor es el que le hace permanecer escondido, desconocido e incluso despreciado de los hombres. Mas ¿para qué más palabras? *Gustad y ved.*

II.—DE LA VISITA A MARÍA SANTÍSIMA

Por lo que hace a las visitas a María Santísima, es célebre, y seguida comúnmente la sentencia de San Bernardo, de que Dios no concede gracia alguna si no es por manos de María. De aquí que el Padre Suárez asegure que hoy es sentir general en la Iglesia universal que la intercesión de María no sólo es útil, sino también necesaria para conseguir las gracias. Prueba de ello es el notar que la santa Iglesia aplica a María las palabras de la Sagrada Escritura, que pone en sus labios, cuando dice que en ella está toda la esperanza de vida y de virtud, por lo cual nos invita a que vayamos a ella. Venid a mí, nos dice, porque soy la esperanza de todo vuestro bien. Y a continuación añade: *Feliz el hombre que me escucha y hace guardia todos los días a mis puertas* (Prov. 8,

34). Dichoso el que es diligente en acudir a diario a las puertas de mi poderosa intercesión, pues, hallándome, hallará la vida eterna. Con razón quiere la santa Iglesia que llamemos todos a María Santísima nuestra esperanza: Dios te salve..., esperanza nuestra.

San Bernardo, que llegó a llamar a María «toda la razón de su esperanza», nos exhorta a que busquemos la gracias y la busquemos por medio de María; de otro modo, añade San Antonino, si pidiéramos las gracias sin su intercesión, sería como si quisiéramos volar sin alas, y no alcanzaríamos nada.

En el libro del Padre Auriemma, *Afectos recíprocos*, las innumerables gracias otorgadas por la Madre de Dios a cuantos practican esta utilísima devoción de visitarla a menudo en sus casas y en sus imágenes, las gracias que dispensó en tales visitas a San Alberto Magno, al abad Ruperto, al Padre Suárez, alcanzándole especialmente el don del entendimiento, con lo que tan célebres fueron después en la Iglesia por su saber; las gracias que concedió a San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, el cual solía visitar a diario a María en una capilla del Colegio Romano, haciendo protesta de renunciar a todos los amores mundanos para amarla

solamente a Ella, después de Dios, en fe de lo cual tenía escrito al pie de una imagen de la amada Señora: «No descansaré hasta que haya logrado un tierno amor a mi Madre.» Léanse las gracias que dispensó a San Bernardino de Siena, que en su juventud no cesaba de visitarla diariamente en una capilla cercana a la ciudad, diciendo que aquella Señora le había robado el corazón, por lo que la llamaba su amada, y decía que no podía menos de visitarla con frecuencia, obteniendo después, por su mediación, la gracia de abandonar el mundo y llegar a ser el gran santo y apóstol de Italia.

Así, pues, procurad también vosotros diariamente unir siempre a la visita al Santísimo Sacramento la visita a María Santísima, en una iglesia o, al menos, en casa, ante una devota imagen suya. Y si la practicaseis con afecto y confianza, tened esperanza de que recibiréis extraordinarias mercedes de esta Señora agradecidísima, que, en sentir de San Andrés Cretense, acostumbra pagar con grandes dones los más mínimos obsequios.

*Dulce María, esperanza mía,
¿quién se podría olvidar de Ti?
Ten, Reina mía, piedad de mí.*

III.—DE LA COMUNIÓN ESPIRITUAL

Como en cada visita se sugiere una Comunión espiritual, será bien que digamos lo que es y el fruto que produce. Consiste, dice Santo Tomás, en un deseo ardiente de recibir a Jesús Sacramentado, y en darle interiormente un amoroso abrazo, como si en realidad lo hubiéramos recibido.

Manifestó el Señor a su sierva Paula Maresca, fundadora del monasterio de Santa Catalina, en Nápoles, lo mucho que le agradan las Comuniones espirituales y los favores que en ellas concede, mostrándole dos vasos, el uno de oro y el otro de plata, y diciéndole que en el primero guardaba sus Comuniones sacramentales, y, en el segundo, las espirituales.

También dijo a la beata Juana de la Cruz que cada vez que comulgaba espiritualmente recibía una gracia semejante a la de la Comunión sacramental.

Pero, sobre todo, basta saber que el sagrado Concilio Tridentino alaba el uso de las Comuniones espirituales y exhorta a los fieles a tan útil devoción.

Por eso la practican tanto las personas piadosas. El beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio de Loyola, de-

cia que para comulgar bien sacramentalmente sirve sobre manera la Comunión espiritual.

Así, pues, las personas que deseen ir creciendo en el amor de Jesucristo, son exhortadas a hacer, al menos, una Comunión espiritual en cada visita al Santísimo Sacramento, y otra en cada misa que oigan, aunque sería mejor que fuesen tres, una al principio, otra al medio y otra al fin del Santo Sacrificio. Es ésta una devoción de utilidad mucho mayor de lo que algunos juzgan, al mismo tiempo que es muy fácil. Decía la beata Juana de la Cruz, ya mencionada, que el comulgar espiritualmente se puede hacer sin que nadie lo advierta, sin estar en ayunas y sin licencia del confesor, porque a cualquier hora que uno quiera, y con un solo acto de amor, está hecha.

ACTO

para comulgar espiritualmente (1)

Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento. Os amo sobre todas las cosas y deseo recibiros; pero no pudiendo hacerlo ahora sacramentalmente, venid, a lo menos, espiritualmente, a mi corazón. Y como si ya os tuviese conmigo, os abrazo y me uno con Vos; no permitáis que vuelva a separarme de Vos.

O más breve

Creo, Jesús mío, que estáis en el Santísimo Sacramento; os amo y os deseo recibir; venid a mi corazón. Os abrazo y os pido que no os apartéis de mí.

(1) Por cada acto de Comunión espiritual, con cualquier fórmula, se ganan tres años de indulgencia plenaria, al mes, con las condiciones acostumbradas (*Enchir. Indulg.*, n. 164).

ORACION PREPARATORIA

Para todos los días

Señor mío Jesucristo, que por el amor que tenéis a los hombres estáis de noche y de día en este Sacramento, todo lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a todos los que vienen a visitaros: creo que estáis presente en el Sacramento del altar; os adoro desde el abismo de mi nada, y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, especialmente por haberme dado a Vos mismo en este Sacramento; por haberme concedido por abogada vuestra Santísima Madre María y haberme llamado a visitaros en este lugar santo. Adoro hoy vuestro amantísimo Corazón, y deseo adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan rica dádiva; el segundo, para desagravia-

ros de todos los ultrajes que habéis recibido de todos vuestros enemigos en ese Sacramento, y el tercero, porque deseo en esta visita adoraros en todos los lugares de la tierra donde estáis sacramentado con menos culto y más olvido.

¡Jesús mío! Os amo con todo mi corazón; pésame de haber ofendido tantas veces hasta ahora a vuestra infinita bondad, y propongo, con vuestra gracia, no volver más a ofenderos en adelante. Y ahora, miserable como soy, me consagro todo a Vos; os entrego y pongo en vuestras divinas manos toda mi voluntad, afectos, deseos y todas mis cosas. De hoy en adelante, haced, Señor, de mí todo lo que os agrada. Sólo quiero y os pido vuestro santo amor, la perseverancia final y el cumplimiento perfecto de vuestra santísima voluntad. Os encomiendo las ánimas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo

Sacramento y de María Santísima, y os ruego también por todos los pobres pecadores. En fin, amado Salvador mío, uno todos mis afectos con los de vuestro amorosísimo Corazón, y así unidos, los ofrezco a vuestro Eterno Padre, y por el amor que os tiene le pido en vuestro nombre que los oiga y atienda favorablemente. Amén.

Cinco años de indulgencia si se reza delante del Santísimo; plenaria al mes, en las condiciones ordinarias (Enchir. Indulg., n. 182).

ORACION A MARIA SANTISIMA

Para todos los días después de su visita

Inmaculada Virgen y Madre mía María Santísima: a Vos, que sois la madre de mi Salvador, la Reina del mundo, la obogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, recurro en este día, yo que soy el más miserable de todos. Os

venero, gran Reina, y os agradezco todas las gracias que hasta ahora me habéis otorgado, especialmente la de haberme librado del infierno, tantas veces merecido. Os amo, Señora amabilísima, y, por el amor que os tengo, os prometo siempre servirlos y hacer todo lo posible para que de todos los demás seáis también amada. En Vos pongo todas mis esperanzas y mi eterna salvación. ¡Oh Madre de misericordia!, admitidme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, y pues sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones y alcanzadme fuerza para vencerlas hasta la muerte. ¡Oh Madre mía! Por el amor que tenéis a Dios, os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último instante de mi vida. No me desamparéis hasta verme salvo en el cielo, bendiciéndoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén. Así lo espero, así sea.

Tres años de indulgencia; plenaria al mes, con las condiciones ordinarias (Enchir. Indulgent, n. 342).

ORACION A SAN JOSE

Para todos los días después de su visita

¡Oh castísimo esposo de la Virgen María, mi amantísimo protector San José! todo el que implora vuestra protección experimenta vuestro consuelo. Sed, pues, vos mi amparo y mi guía. Pedid al Señor por mí; libradme del pecado, socorredme en las tentaciones y apartadme del mal y del pecado. Consoladme en las enfermedades y aflicciones. Sean mis pensamientos, palabras y obras fiel trasunto de cuanto os pueda ser acepto y agradable para merecer dignamente vuestro amparo en la vida y en la hora de la muerte. Amén.

PRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Aquí tienes la fuente de todo bien, Jesús en el Sacramento, el cual dice:

Quien tenga sed, venga a Mí. ¡Cuán abundantes gracias han sacado siempre lo santos de esta fuente divina, donde Jesús reparte todos los merecimientos de su Pasión, como predijo el profeta: Sacarás agua con alegría de las fuentes de salvación (Is., 12).

La condesa de Feria, insigne discípula del beato Padre M. Avila, la cual, siendo religiosa de Santa Clara, era llamada esposa del Sacramento por sus frecuentes y prolongadas visitas al Santísimo, preguntada qué hacía tantas horas allí, respondió: «De buena gana me hubiera estado allí por toda la eternidad. Pues ¿qué? ¿No está allí la misma esencia de Dios, que será el regalado sustento de los bienaventurados?»

¡Dios santo!, preguntar qué haremos en presencia de Jesús sacramentado. Mas yo digo: ¿Y qué clase de bien dejaremos de hacer? Amarle, alabarle, agradecerle y pedirle gracias. ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué un enfermo visitado del médico? ¿Qué un sediento a la vista de una fuente de agua cristalina? ¿Qué un ham-

briente, en fin, ante un espléndido banquete?

¡Oh Jesús mío, amabilísimo, dulcísimo y amantísimo, vida, esperanza, tesoro y único amor de mi alma! ¡Cuánto os costó el quedaros con nosotros en ese Sacramento! Hubisteis de morir para poder quedar sacramentado en nuestros altares. ¡Y cuántas injurias hubisteis después de sufrir en este Sacramento para socorrernos con vuestra presencia! Todo lo venció vuestro amor y el deseo de ser amado de nosotros.

Venid, pues, Señor; venid, entrad dentro de mi corazón y cerrad para siempre la puerta para que no vuelva a entrar en él criatura alguna a tomar parte en el amor que os es debido y yo quiero consagrar totalmente a Vos. Amado Redentor mío, sed Vos mi único dueño, y sólo Vos poseedme por completo; y si alguna vez no os obedezco perfectamente, castigadme con rigor para que en adelante sea muy avisado en agradaros como Vos queréis. Haced que no desee ni busque otro contento que el de complaceros, visitaros muchas veces en los

altares, conversar con Vos y recibiros en la sagrada Comunión. Busquen los demás otros bienes, que yo no amo ni deseo sino el tesoro de vuestro amor, y esto es lo que siempre he de buscar al pie del altar. Haced que me olvide de mí, para no acordarme sino de vuestra bondad.

Serafines bienaventurados: no os tengo envidia de vuestra gloria, sino por el amor que tenéis a vuestro Dios y mi Dios. Enseñadme lo que he de hacer para amarle y complacerle.

Jaculatoria.—¡Oh Jesús mío! Sólo a Vos quiero amar; sólo a Vos quiero agradar.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Otra fuente muy preciosa para nosotros es María, nuestra Madre, tan rica en bienes y gracias, dice San Bernardo, que no hay hombre en el mundo que no participe de ellos. Dios llenó de gracias a María Santísima, como la saludó el angel: *Dios te salve, llena de gracia*

(Lc., 1, 28). Y San Pedro Crosólogo añade que estuvo llena de gracias no para Ella sola, sino también para nosotros, a fin de que del abismo de aquellas gracias participaran todos sus devotos.

ORACION DE SAN EFREN

¡Oh María, oh Virgen por excelencia, siempre pura, siempre inmaculada! ¡Oh Madre de mi Dios! Vos estáis elevada por encima de todos los santos, Vos sois el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores, la esperanza de los justos! Por Vos tenemos acceso a Dios, ¡oh Reina y Soberana de los ángeles! Acogedme entre los brazos de vuestra misericordia; compadeceos de nosotros y de nuestras miserias. Nos hemos entregado a Vos y consagrado a vuestro servicio; tenemos la dicha de llevar el nombre de siervos vuestros. No permitáis que el enemigo de nuestra salvación nos aparte jamás de Vos y de vuestro divino Hijo para precipitarnos en los abismos eternos. Nos refugiamos, Virgen

santa, bajo vuestra poderosa protección; hacednos sentir sus saludables efectos; obtenednos, sobre todo, un ardiente amor a Dios y la perseverancia en este santo amor.

Jaculatoria.—Causa de nuestra alegría, rogad por nosotros.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Siervo felicísimo del gran Padre de familia, glorioso Patriarca San José: también a vos, que sois el justo escogido entre todos los justos para ser durante muchos años el depositario de la fuente de toda riqueza como custodio del Redentor del mundo y esposo purísimo de su Madre inmaculada, también a vos acudo humildemente. Abrid a mi alma, debilitada por los vicios, los tesoros de la gracia con la misma generosidad que el prudente José de la ley antigua abrió los graneros del rey Faraón a los hambrientos egipcios.

Sed mi padre, mi protector y mi guía hasta que logre mi eterna salvación. Vos que habéis tenido la dicha singular de vivir y conversar con Jesús y con María, de morir entre sus brazos, y gozáis con ellos las delicias del cielo, enseñadme, dulcísimo protector mío, a ser manso y humilde de corazón como ellos, y como ellos y como Vos, modelo de *todas las virtudes*, y a no tener más voluntad que la voluntad de Dios, para que, no amando en este mundo más que a Él solo, pueda después de una dichosa muerte gozar con Jesús y con María y con vos de las delicias inefables de la gloria.

Jaculatoria.—¡Oh glorioso San José! Haced que sea constante en el bien; corregid mis faltas y alcanzadme el perdón de mis pecados.

Oración, pág. 26.

SEGUNDA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dice el devoto P. Nieremberg que, siendo el pan alimento que comido se consume y guardándole se conserva, quiso Jesucristo quedarse en la tierra bajo las especies de pan, no sólo para ser consumido al unirse al alma de sus amados en la sagrada Comunión, sino también para ser conservado en el Sagrario y hacerse así presente a nosotros, para recordarnos el amor que nos tiene.

San Pablo dice: *Se anonadó a Sí mismo tomando forma de siervo* (Phil., 2, 7) Mas, ¿qué diremos viendo que toma la forma del pan? «Ninguna lengua creada—dice San Pedro de Alcántara—puede declarar la grandeza del amor que Cristo tiene a su esposa la Iglesia, y, por consiguiente, a cada una de las ánimas que están en gracia, porque cada una de ellas es también esposa suya. Pues queriendo este Esposo dulcísimo

partirse de esta vida y ausentarse de su esposa la Iglesia, porque esta ausencia no le fuese causa de olvido, dejóle por memorial este Santísimo Sacramento (en que se quedaba Él mismo), no queriendo que entre Él y ella hubiere otra prenda que despertase su memoria, sino sólo Él.»

¡Jesús mío! Ya que estáis encerrado en esa custodia para oír las súplicas de los miserables que vienen a pedir os audiencia, oíd hoy la súplica que os dirige el pecador más ingrato que vive entre los hombres. Arrepentido vengo a vuestras plantas, conociendo el mal que hice en disgustaros, por lo que primeramente os pido me perdonéis cuanto os disguste ¡Ojalá nunca, Dios mío, os hubiera ofendido! ¿Y sabéis lo que luego deseo? Desde que conocí vuestra suma amabilidad, me enamoré de Vos y siento un deseo extraordinario de amaros y daros gusto; mas si no me ayudáis, no tengo fuerzas. Dad a conocer, Excelso Señor, al cielo vuestro sumo poder y vuestra infinita bondad; convertidme, de rebelde contra Vos, en aman-

te vuestro. Vos lo podéis hacer. Suplid lo que a mí me falta, para que llegue a amaros mucho, o a lo menos tanto cuanto os ofendí. Os amo, Jesús mío, sobre todas las cosas, os amo más que a mi vida, Dios mío, amor mío y mi todo.

Jaculatoria.—Dios mío y todas mis cosas.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

«Lleguémonos, pues, con segura confianza al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos la gracia a fin de ser socorridos en el tiempo oportuno.» Dice San Antonio que ese trono es María, en el que Dios dispensa todas las gracias. ¡Oh Reina amabilísima!, si tanto deseáis ayudar a los pecadores, aquí tenéis un gran pecador que a Vos acude; ayudadme con todo vuestro poder y hacedlo pronto.

ORACION DEL MISMO SAN EFREN

¡Oh poderosa Reina del Universo, Soberana llena de ternura y de bondad para todos los que os invocan! Vos sois cerca de Dios la abogada de los pecadores, el puerto seguro de los que han naufragado; sois la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, el refugio y el asilo de todos los que confían en Vos. ¡Oh Virgen Madre llena de gracias! Interceded por mí ante vuestro divino Hijo, y con vuestra intercesión iluminad mi entendimiento, abrasad mi corazón y desatad mi lengua para que pueda celebrar vuestras alabanzas y cantar este angélico canto tan digno de Vos y tan dulce para los que os aman. ¡Salve, oh el más asombroso prodigio que jamás ha existido sobre la tierra! ¡Salve, oh obra maestra de las manos del Omnipotente!, ¡paraíso de delicias, fuente inagotable de gracias, mediadora entre Dios y los hombres! El cielo y la tierra celebren por siempre tus alabanzas. Yo

me uno a ellas para ofreceros el homenaje de un corazón que para siempre os quedará consagrado.

Jaculatoria.—Os diré con San Agustín: Único refugio de los pecadores, ten misericordia de mí.

Oración, pág. 26.

A SAN JOSÉ

Ve dme humildemente postrado a vuestros pies, custodio fidelísimo de mi bondadoso Jesús y castísimo esposo de mi piadosa Madre María. ¡Qué pobre, qué desgraciado soy! Quiero amar a Jesús y a María, y me esfuerzo en vano en hacer protestas de amor. Y es que mi corazón está helado, no está abrasado en el fuego del divino amor, no tiene caridad. Acudid solícito en auxilio de este miserable pecador.

Pedid vos al divino Jesús, que tantas veces acariciasteis en vuestros brazos y estrechasteis contra vuestro amante corazón, que derrame sobre el mío *el fuego de su amor*, de aquel amor que hacía

exhalar a Santa Teresa profundos y tiernos suspiros. Pero, ¿cómo me atrevo a pedirlos esta gracia, si tampoco a vos os amo?

Infundidme una devoción tan viva y tan tierna como la que os tenía aquella venerable hija del Carmelo, Sor Margarita, para que, como a ella, me alcancéis la gracia de ser purificado de toda mancha de culpa, porque sólo así seré digno de amar a Jesús y a María y de merecer vuestra poderosa protección.

Jaculatoria. — Ofreced, glorioso protector mío, a vuestro divino Hijo la rectitud de mis sentimientos y alcanzadme el amor que humildemente os pido.

Oración, pág. 26.

TERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Teniendo mis delicias entre los hijos de los hombres (Prov., 8, 31). He aquí nuestro Jesús, que, no contento con ha-

ber muerto en la tierra por nuestro amor, quiso, después de su muerte, quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, declarando que encuentra sus delicias entre los hombres. «Cuando considero—decía Santa Teresa—en cómo decís que son vuestros deleites con los hijos de los hombres, mucho se alegra mi alma... ¡Y que todo esto olvidemos los mortales!» Jesús halla sus delicias con nosotros, y nosotros, ¿no las hallaremos en estar con Jesús, nosotros señaladamente, que tenemos el honor de habitar en su palacio? ¿Cómo se juzgan honrados los vasallos a quienes el rey da lugar en el alcázar? Pues he aquí el palacio del Rey, ésa la casa donde habitamos con Jesucristo. Sepamos serle agradecidos y aprovechar su trato.

Aquí me tenéis, Señor y Dios mío, delante de este altar donde habitáis noche y día por mi amor. Vos sois la fuente de todo bien, médico de todo mal; tesoro de los pobres. Aquí tenéis a vuestros pies un pecador, entre todos el más pobre y el más enfermo, que os pide misericordia; tened compasión de mí. No

quero que me desanimen mis miserias, pues veo que en este Sacramento bajáis del cielo a la tierra sólo por hacerme bien. Os alabo, os doy gracias, os amo, y si queréis que os pida una limosna, os pido ésta: oídmе favorablemente: no quiero ofenderos más; dadme luz y gracia para amaros con todas mis fuerzas. Señor, os amo con toda mi alma, os amo con todo mi corazón. Haced que lo diga de veras, y lo diga siempre, en esta vida y por toda la eternidad. María Santísima, santos mis abogados, ángeles y bienaventurados todos del cielo, ayúdame a amar a mi amabilísimo Dios.

Jaculatoria.—¡Jesús, buen Pastor, verdadero pan, ten misericordia de nosotros. Apacientanos, defiéndonos y haz que veamos tus bienes en la tierra de los vivos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Sus lazos, cordón de púrpura violeta (Eccli., 6, 31). Dice el devoto Perbarto que la devoción a María es cadena de

predestinación. Pidamos a nuestra Señora que nos ate siempre con las cadenas del amor a la confianza de su amparo.

ORACION DE SAN GERMAN

¡Oh, mi poderosa protectora y mi verdadero consuelo, después de Dios, en este mundo! Vos, que sois el celeste rocío que endulza mis penas, Vos que sois la luz de mi alma cuando está rodeada de tinieblas, Vos que sois mi guía en mis flaquezas, mi tesoro en mi pobreza, mi remedio en mis heridas, mi alegría en todos mis pesares, mi refugio en todos mis peligros, la esperanza de mi vida y de mi salvación, dignaos escuchar mis súplicas, interesaros por mis males y tened compasión de mí como conviene a la Madre de un Dios que tiene tanta bondad y amor para con los hombres; que es su Padre y os ha designado para ser Madre suya. Ponedme en el número de vuestros queridos hijos y obtenedme de Dios todas las gracias que veis ser ne-

cesarias para la salvación de mi alma.

Jaculatoria.—¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Cuán miserable me considero, bendito Padre adoptivo de mi adorable Redentor, cuando contemplo la fe sublime que os acompañó en todos los actos de vuestra vida admirable, y especialmente en vuestra dichosa muerte, y las dudas y desconfianzas que a veces me asaltan y terriblemente me persiguen! Y es que la fe es una consecuencia de la hermosa caridad que vos poseáis en alto grado, y yo, por desgracia mía, no poseo. Es que la caridad es Dios, y vos vivíais en Dios, y yo vivo apartado de Él.

Por eso vos, con los ojos siempre fijos en Dios y en su santa ley y en las eternas recompensas, vivisteis consagrado en absoluto a su servicio en las sacratísimas personas de Jesús y de María, mientras que yo, apegado a las

cosas de la tierra, vivo, ¡ay!, enteramente olvidado de mi Dios, de las sublimes misericordias de Jesús y de los sacrificios de su bendita Madre, por seguir los impulsos de mi viciada voluntad.

Alcanzadme, bondadoso protector mío, la *vivísima fe* que os animó hasta la muerte, para que, creyendo firmemente que en sólo Dios está mi felicidad, a sólo Él ame con toda mi alma.

Jaculatoria.—¡Oh piadoso San José! Proteged y aumentad mi fe.

Oración, pág. 26.

CUARTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Su trato no tiene aspereza ni su convivencia es tediosa (Sap., 8, 16). Los amadores del mundo hallan tal gusto entre sí, que pierden días enteros conversando juntos. Con Jesús Sacramento sólo se aburre quien no le ama. Los

santos hallaron el paraíso ante el Santísimo Sacramento. Santa Teresa, después de su muerte, dijo desde el cielo, apareciéndose a una religiosa: «Los del cielo y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza y amor. Los de acá, gozando; los de allá, padeciendo. Nosotros, adorando la esencia divina; vosotros, al Santísimo Sacramento; y di esto a mis hijas.» (Declaración de la sobrina de la santa, 2.º proceso de Avila (1610), a. 96).

He aquí, por tanto, nuestro paraíso en la tierra, el Santísimo Sacramento.

¡Oh Cordero sin mancha y sacrificado por nosotros en la cruz! Acordaos que yo soy una de aquellas almas que redimisteis con tantos dolores y con vuestra muerte. Haced que Vos seáis mío y que no os pierda más, puesto que os entregasteis a mí y os dais a diario, sacrificándoos por mi amor en los altares, y haced a la vez que sea yo todo vuestro. A Vos me entrego para que hagáis de mí lo que os agrada. Os doy mi voluntad; encadenadla con los dulces lazos de vuestro amor para que sea siempre es-

clava de vuestra santísima voluntad. Ya no quiero vivir para satisfacer mis deseos, sino sólo para dar gusto a vuestra bondad. Destruid en mí cuanto no os agrade; concededme la gracia de que no tenga otro pensamiento que el de agradaros ni otro deseo que el de deseáros. Os amo, querido Salvador mío, con todo mi corazón; os amo, porque deseáis que os ame; os amo, porque sois muy digno de mi amor; tengo pena de no amaros cuanto merecéis. Quisiera morir por vuestro amor. Aceptad, Señor, mi deseo y dadme vuestro amor. Amén. Así sea.

Jaculatoria.—¡Oh voluntad de mi Dios!, a ti me consagro sin reserva.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Yo soy la Madre del amor hermoso (*Eccli.*, 24, 24), dice María, es decir, del amor que hermosea las almas. Santa María Magdalena de Pazzi vio a María Santísima que iba repartiendo un suave licor, que no era sino el amor divino. Es-

te don sólo por María se concede; pidámoslo, pues, a Ella.

ORACION DEL MISMO SAN GERMAN

¡Oh María, Soberana del Universo! Vos, que sois nuestra alegría, nuestro apoyo y nuestra defensa, interesaos por mí ante el Señor, obtenedme la gracia de volverme digno de gozar un día de esta felicidad que Vos gozáis actualmente en el cielo. Sí, yo os lo suplico, oh Reina mía, refugio mío, esperanza mía, alegría mía y, después de Dios, vida mía!: haced que yo obtenga con Vos un puesto entre los escogidos. Sé que por ser la Madre de Dios podéis obtenerme este favor, si lo pedís para mí. ¡Oh Virgen siempre sin mancilla! Vos sois omnipotente cerca de Dios para salvar los pecadores y consolar los afligidos; y yo sé también que para compadeceros de nuestras miserias no necesitáis otra re-

comendación, pues sois por excelencia la Madre de misericordia.

Jaculatoria.—Madre mía, esperanza mía, hacedme todo de Jesús.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Aquí me tenéis Patrono universal de la Iglesia de Jesucristo; aquí me tenéis confiado, sí, en la bondad infinita de mi Redentor Jesús y en la piedad de mi cariñosa Madre María, pero sumamente desconfiado de mí mismo. ¡Ay! ¿Qué confianza puedo tener? ¿Qué sólida esperanza de salvación puede abrigar el mísero pecador que, como yo, no tiene caridad ardiente, ni fe viva, ni paciencia, ni compasión hacia su prójimo? A vos, pues, acudo en demanda de la *risueña virtud de la esperanza*. De vos, que la sorprendisteis en la divina sonrisa de Jesús, complacido de vuestra abrazada caridad y de vuestra fe inquebrantable, espero conseguirla, pero tan fir-

me y profunda, que todos los esfuerzos de Satanás sean insuficientes para arrancarla de mi corazón. Conseguidme para esto un amor intensísimo a mi adorable Redentor y una fe sin límites en su infinita misericordia, y mi esperanza será entonces firme y segura, porque no solamente se fundará en la bondad del Corazón de Jesús, sino también en mis buenas obras, a imitación vuestra. En vos, glorioso Patriarca, confío y espero. No consintáis que me falte nunca, y, sobre todo, en la hora de la muerte, la salvadora, la bendita y consoladora esperanza.

Jaculatoria.—Modelo de todo linaje de virtudes, alcanzadme la dicha de imitaros en vuestra esperanza.

Oración, pág. 26.

QUINTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Aun el pajarillo encontró casa y la golondrina su nido para poner sus pollue-

los: tus altares, Señor de los ejércitos, Rey mío y Dios mío (Ps. 83, 4). El gorrioncillo, dice David, encontró habitación en las casas y la tortolilla en los nidos; mas Vos, Rey mío y Dios mío, anidasteis y moráis en los altares de la tierra para haceros hallar y permanecer en nuestra compañía. Señor, forzoso es confesar que sois con demasía amante de los hombres y que no sabéis qué más hacer para haceros amar de ellos. Pues haced ahora, Jesús mío amabilísimo, que también nosotros nos apasionemos por Vos, porque no es razón el amar con frialdad a un Dios que nos ama con tanto amor. Atraednos con los dulces atractivos de vuestro amor y hacednos conocer las bellas prendas que tenéis para conquistarnos el corazón. ¡Oh Majestad infinita y bondad infinita! Amasteis tanto a los hombres y tanto hicisteis para ser amado de ellos, que no se explica cómo son tan pocos los que os aman. No quiero pertenecer, como en el pasado, al triste número de estos ingratos; estoy resuelto a amaros cuanto pueda y no amar sino a Vos; Vos lo merecéis, Vos

lo mandáis con tantas insistencias, y yo quiero contentaros. Haced, ¡Dios de mi alma!, que os agrade plenamente. Os lo suplico por los merecimientos de vuestra Pasión, y por ellos lo espero. Los bienes de la tierra dadlos a quien los desee; lo que yo quiero y busco es el gran tesoro de vuestro amor. Os amo, Jesús mío; os amo, bondad infinita. Vos sois toda mi riqueza, todo mi contento, todo mi amor.

Jaculatoria.—Jesús mío, os disteis todo a mí; yo me doy todo a Vos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía, San Bernardo os llama robadora de corazones; dice que andáis robando corazones con vuestra hermosura y bondad; robad, os suplico, también mi corazón y mi voluntad, que os entrego por completo, para que, unida con la vuestra, la ofrezcáis a Dios.

ORACION DE SAN BERNARDO

A Vos alzamos los ojos, ¡oh Soberana de los ángeles y de los hombres! Un día todos nosotros hemos de comparecer ante nuestro Juez, cargados, ¡ay!, como estamos con tantos pecados. ¿Cómo osaremos comparecer ante Él, y quién apaciguará su justa cólera? Nadie hay que pueda hacerlo tan segura y eficazmente como Vos, ¡oh Madre de misericordia!, que tanto le habéis amado y tan tiernamente habéis sido amada por Él. Abrid, pues, oh Madre de gracias, abrid el oído de vuestro corazón a nuestros suspiros y las entrañas de vuestra misericordia a nuestras lágrimas; recurrimos a Vos como a nuestra divina Madre; aplacad la justa indignación de vuestro divino Hijo y haced que entremos en su santa gracia. Vos no tenéis ninguna aversión al pecador, por indigno que él sea; no lo rechazáis en manera alguna si él suspira por Vos. Y si, penetrado del dolor de sus pecados, implora vuestra protección, Vos le animáis, incluso, a esperar, le sostenéis, le consoláis, y nunca le de-

jáis hasta que lo habéis reconciliado al fin con su Juez, para encontrar gracia a sus ojos. ¡Qué consuelo, qué motivo de esperanza para mí!

Jaculatoria.—Madre amable, ruega por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Bondadoso Patriarca San José: a vos, que merecisteis que el Eterno Padre os revelara antes que a otro el misterio inefable de la Encarnación, haciéndoos depositario de la prenda de la redención como premio de vuestra admirable prudencia para con María después de su milagrosa concepción, a vos me encomiendo, confuso y avergonzado de mi criminal ligereza en formar juicios temerarios contra mis prójimos. ¡Qué admirable os contemplo desechando heroicamente la duda cruel que se levantaba en medio de vuestro corazón, y dejando a la sabiduría de Dios resolverla por medio de un arcángel que os colma de ine-

fables consuelos, y cuán pobre me encuentro comparado con vos!

¡Qué lección tan hermosa para mí, que, lejos de cubrir con el velo de la caridad los defectos de mis hermanos, los entrego sin compasión a la pública maledicencia; que, lejos de excusar las faltas verdaderas, hago pasar por tales las que quizá no existen más que en mi refinada malicia!

Alcanzadme, os lo suplico, *aquella admirable prudencia* que presidió todos vuestros actos y que tanto os elevó a los ojos del Señor y tanto admira a los hombres, para que, imitándoos en la práctica de tan sublime virtud, merezca en recompensa gozar con vos en el cielo de la compañía de Jesú y de María, después de haber sido el objeto de sus misericordias en la tierra.

Jaculatoria.— ¡Amantísimo José, alentad nuestro espíritu, haced que seamos caritativos y prudentes!

Oración, pág. 26.

SEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (Lc., 12, 34). Dice Jesucristo que donde a uno le parece tener su tesoro, allí tiene el corazón. Por eso los santos que no estiman ni quieren otro tesoro que a Jesucristo, tienen todo su corazón y todo su amor en el Santísimo Sacramento.

Amabilísimo Jesús mío sacramentado, que por el amor que me tenéis estáis de día y de noche en el sagrario, atraeos todo mi corazón de suerte que no piense sino en Vos ni ame ni busque más que a Vos. Hacedlo por los méritos de vuestra Pasión, por los que os los pido y lo espero, ¡oh Salvador mío sacramentado, oh amante divino! ¡Cuán amables son las tiernas industrias de vuestro amor para hacer que las almas os amen! ¡Oh Verbo eterno! No os bastó el haceros hombre y morir por nosotros, sino que

nos disteis además este Sacramento por compañía, por alimento y por prenda de la gloria. Os dignasteis aparecer entre nosotros ya como niño en un establo, ya como pobre en un taller, ya como reo clavado en una cruz, ya como pan en el altar. Decidme qué más podéis inventar para haceros amar. ¡Oh infinita amabilidad! ¿Cuándo comenzaré yo resueltamente a corresponder a tantas finezas de amor? ¡Ah Señor! No quiero vivir sino para amaros a Vos solo. ¿De qué me serviría la vida si no la empleara del todo en amaros y complaceros, amado Redentor mío, que la sacrificasteis toda por mí? ¿Y a quién he de amar, sino a Vos, que sois todo hermoso, todo afable, todo bueno, todo amoroso y toda amabilidad? Viva mi alma sólo para amaros; derrítase de amor con sólo acordarse del amor vuestro, y al oír nombrar pesebre, cruz, sacramento, enciéndose en deseos de realizar grandes cosas por Vos, Jesús mío, que tanto habéis hecho y padecido por mí!

Jaculatoria.—Permitid, Señor mío, que antes de morir haga algo por Vos.

Comunión espiritual. pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Como hermoso olivo en la llanura (Eccli., 24, 19). Yo soy, dice María, el hermoso olivo del que siempre fluye el aceite de la misericordia. Y estoy en los campos para que todos me vean y recurran a mí todos.

Digámosle: «Acordaos, oh piadosísima María, que jamás se ha oído decir que haya sido desamparado de Vos ninguno de los que se han acogido a vuestro socorro.» No quiero ser yo el primer desventurado que habiendo acudido a Vos quede sin amparo.

ORACION DEL MISMO
SAN BERNARDO

¡Oh María!, Vos sois la mujer escogida y privilegiada en quien el divino Salvador encontró su reposo y a la que hizo participante sin medida de todos sus tesoros. Por esto todos los fieles honran vuestro casto seno como templo de Dios

en el que comenzó a operarse la gran obra de la salvación del mundo. Allí se hizo la reconciliación entre Dios y el hombre. Vos sois, oh Virgen santa, oh Madre afortunada, aquel jardín cerrado donde la mano del pecador no ha entrado jamás para coger sus frutos preciosos. Sois el magnífico vergel donde Dios ha puesto todas las flores que ornan la Iglesia, y, entre otras, estas divinas virtudes de humildad, pureza, caridad, dulzura, que adornan a un alma más que los lirios y las rosas pueden embellecer la tierra. Vos sois el paraíso delicioso de donde ha brotado la fuente de agua viva que ha regado toda la tierra. ¡Con cuántos beneficios habéis Vos enriquecido y llenado el mundo, llegando a ser el canal feliz por donde se han derramado sobre nosotros tantas gracias de salvación y de vida! Sed, pues, bendecida en todas las naciones y por todos los siglos.

Jaculatoria.—¡Oh María!, concededme la gracia de recurrir siempre a Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Salve, varón de virtudes, dechado de perfección y de santidad, gloriosísimo José, salve. El santo Evangelio os llama *justo*, y la Iglesia os califica de *santísimo*, calificativo que no aplica a ninguno de los santos, dando a entender que a todos sobrepujáis en santidad, haciendo vuestro elogio con una sola palabra, que significa el conjunto y suma de todas las perfecciones. Dichoso vos, que tal distinción habéis merecido, y por quien especialmente dijo Jesucristo: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*. Dichoso vos, que por vuestra pureza de costumbres y perfección de vida convertisteis este penoso destierro en paraíso de delicias, viviendo en compañía de Jesús y María como si estuvierais en el cielo.

Haced, piadoso protector mío, que, a imitación vuestra, mi corazón se desprenda de todo lo terreno y sólo suspire por la *justicia*, para que, marchando siempre de virtud en virtud, consiga lle-

gar al hermoso estado de la inocencia, que por desgracia perdí, y la pureza de corazón, que convierten la tierra en cielo y los hombres en ángeles. Conseguídmela esta gracia del divino Jesús, que todo lo puede y nada os niega.

Jaculatoria.—¡Esposo castísimo de María, ejemplo de toda santidad, haced que en mi corazón germinen los sentimientos de toda virtud!

Oración, pág. 26.

SEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos (Mt., 28, 20). Este amoroso Pastor nuestro, que dio la vida por nosotros, sus ovejas, ni aun en su muerte consintió separarse de nosotros. Aquí estoy, dice, ovejas queridas, siempre con vosotras; por vosotras me quedé en la tierra en este Sacramento; aquí me halla-

réis siempre que quisleréis, para ayudaros y consolaros con mi presencia. No os dejaré hasta el fin del mundo y mientras estéis en la tierra. «Quería el Esposo (dice San Pedro de Alcántara), en esta ausencia tan larga, dejar a su Esposa compañía, porque no se quedase sola; y dejóle la de este Sacramento, donde se queda Él mismo, que era la mejor compañía que le podía dejar.»

¡Benignísimo Señor y Salvador mío amabilísimo! Ahora os estoy visitando en este altar, mas Vos me devolvéis la visita con otro amor cuando venís a mi alma en la sagrada Comunión. Entonces no sólo os manifestáis a mí, sino que os hacéis mi comida y os unís y entregáis todo a mí, de modo que puedo decir con verdad: Ahora, Jesús mío, sois todo mío. Pues ya que os entregáis todo a mí, razón es que yo me entregue todo a Vos. Soy un gusano y Vos sois Dios vivo. ¡Oh Dios de amor, oh amor de mi alma. ¿Cuándo seré todo vuestro, no en las palabras, sino en las obras? Vos lo podéis hacer. Aumentar en mí la confianza por los méritos de vuestra san-

gre, para que logre de Vos la gracia de verme todo vuestro y nada mío antes de morir. Vos, que atendéis todas las oraciones, atended, Señor, la de un alma que os quiere amar de veras. Quiero amaros con todas mis fuerzas y os quiero obedecer en todo lo que os guste sin interés, sin consuelos, sin premio. Quiero servirlos por amor, sólo por daros gusto, sólo por agradar a vuestro Corazón, tan apasionadamente enamorado de mí. Mi premio será amaros. ¡Oh Hijo amado del Eterno Padre!, tomad mi libertad, mi voluntad, todas mis cosas y a mí mismo, y daos a mí. Os amo, os busco, por Vos suspiro, os quiero, os quiero, os quiero.

Jaculatoria. — Jesús mío, hacedme todo vuestro.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora nuestra amabilísima, toda la Iglesia os llama y saluda *Esperanza nuestra*. Vos, por tanto, que sois la esperanza de todos, sois también mi es-

peranza. San Bernardo os llamaba toda la razón de su esperanza, y os decía: «En Ti espere el que desespera.» También quiero yo decir así: «María mía, en Vos, que salváis a los desesperados, pongo toda mi esperanza.»

ORACION DEL MISMO SAN BERNARDO

¡Oh Virgen por excelencia!, de Vos se habla cuando se dice: *¿Quién es ésta que se levanta como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol?* (Cant., 6, 9). Pues Vos habéis venido al mundo como una aurora esplendorosa, precediendo con la luz de vuestra santidad la venida del Sol de justicia. El día en que aparecisteis en el mundo bien puede decirse día de salvación y de gracias. Sois hermosa como la luna, porque así como no hay astro más parecido al sol, de la misma manera no hay criatura más parecida a Dios que Vos. La luna ilumina la noche con la luz que recibe del sol y Vos ilumináis nuestras ti-

nieblas con la luz de vuestras virtudes. Pero Vos sois más bella que la luna, porque en Vos no hay ni manchas ni sombras. Sois escogida como el sol, este divino Sol de justicia que creó este que nos ilumina. Como su fulgor brilla por encima del de los otros astros todos, del mismo modo el fulgor de vuestras virtudes brilla por encima de todas las mujeres. Sed, pues, por siempre alabada, bendita y celebrada.

Jaculatoria.—María, Madre de Dios, rogad a Jesús por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Con razón, virtuosísimo José, modelo perfectísimo de fortaleza, nos dice la Sagrada Escritura que el amor es más poderoso que la muerte. Si el Varón fuerte por excelencia, el terrible León de Judá, Jesucristo, no lo comprobara enclavando a la muerte en la misma cruz en que se quiso hacer sucumbir al Autor de la vida, vuestra existencia entera lo confirmaría sobradamente.

Ni la nobleza de cuna, como hijo de David; ni las privaciones de la pobreza más absoluta; ni la cruel sorpresa que os produjo el inexplicable embarazo de vuestra casta Esposa; ni la sublime dignidad de depositario del Primogénito del Eterno Padre y de esposo de la Madre de Dios; ni las infinitas amarguras anejas a tan alta dignidad; ni las divinas caricias del Redentor del mundo..., nada pudo turbar la tranquilidad de vuestra alma, cimentada en el amor. ¡Qué lastimoso contraste el de vuestra admirable fortaleza y mi pueril debilidad! Compadeceos de mí y no me abandonéis a mis débiles fuerzas. Pedid a vuestro querido Hijo adoptivo, Jesús, que me conceda *una fortaleza de alma* capaz de resistir a los terribles enemigos que a todas horas me combaten, para que con la corona del vencimiento consiga, con su gracia, la gloria del triunfo.

Jaculatoria.—¡Benignísimo protector: atendedme solícito, protegedme en el peligro, fortalecedme en el combate y libradme del pecado!

Oración, pág. 26.

OCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

A cualquier alma que visita a Jesús en el Santísimo Sacramento le dice el Señor las palabras dichas a la Esposa: *Levántate y date prisa, amada mía, hermosa mía, y ven* (Cant., 2, 10). Alma que me visitas, *levántate* de tus miserias, pues estoy aquí para enriquecerte de gracias. *Date prisa*, llega a Mí sin temor a mi Majestad, que se humilló en este Sacramento para animarte y darte confianza. *Amiga mía*, no seas más mi enemiga, pues tú me amas y Yo te amo. *Hermosa mía*, mi gracia te ha hecho hermosa: *Ven*, ven y abrázate conmigo y pídemme cuanto gustes con entera confianza.

Decía Santa Teresa que este gran Rey de la gloria se disfrazó con las especies de pan en el Sacramento, y ocultó su Majestad para animarnos y acercarnos con mayor confianza a su divino Corazón.

Lleguemos, pues, a Jesús con gran confianza y afecto; unámonos con Él y pidámosle gracias. ¡Cuál ha de ser ahora mi gozo, oh Verbo eterno, hecho hombre y sacramentado por mí, sabiendo que estoy delante de Vos, que sois mi Dios, Majestad infinita y bondad infinita, que tanto amor tenéis a mi alma! Almas que amáis a Dios en cualquier parte que estéis, amadle también por mí. María, Madre mía, ayudadme a amarle. Y Vos, amantísimo Señor, sed el objeto de todos mis amores, Aduenños de toda mi voluntad. Poseedme por completo. Os consagro todo mi entendimiento para que piense siempre en vuestra bondad; os consagro también mi cuerpo para que me ayude a agradaros; os consagro mi alma para que sea toda vuestra. Quisiera, amado de mi alma, que todos los hombres conociesen la ternura del amor que les tenéis para que viviesen sólo para honraros y daros gusto como Vos deseáis y merecéis. A lo menos, viva yo enamorado de vuestra belleza infinita. Quiero hacer de hoy en adelante todo lo posible por agradaros.

Propongo desprenderme de cualquier cosa en cuanto conozca que os desagrada, aunque me cueste mucho, aunque tuviera que perder la misma vida. Dichoso yo si lo perdiera todo por lograros a Vos, mi Dios, mi tesoro y mi todo.

Jaculatoria.—¡Jesús, amor mío, adueñaos de mí y poseedme enteramente, siempre en mí!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

El que sea pequeño, venga a Mí (Prov., 9, 4). María llama a todos los pequeñuelos que necesitan madre, invitándolos a recurrir a Ella, como a la más amorosa de todas las madres. Dice el devoto Nieremberg que el amor de todas las madres es sombra si se compara con el amor que María tiene a cada uno de nosotros. Madre mía, Madre de mi alma, que tanto me amáis y, después de Dios, deseáis mi salvación más que nadie: mostrad que sois Madre.

ORACION DEL MISMO SAN BERNARDO

¡Oh Santísima y amabilísima María!, los labios no pueden pronunciar vuestro nombre sin que el corazón se sienta totalmente inflamado en amor hacia Vos. Y todos los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse animados a amaros cada vez más. ¡Oh soberana nuestra!, fortificad nuestra debilidad, obtened las gracias de ánimo y fervor. ¿Quién más indicado para hablar en favor nuestro a nuestro Dios y vuestro, sino Vos misma, que gozáis tan de cerca de su divina presencia? Hablad en favor nuestro, ¡oh Reina nuestra! Hablad, porque vuestro divino Hijo os escucha, y obtendréis infaliblemente todo lo que pidáis para nosotros. Pero la grande, la principal gracia que sobre todo imploramos pidáis a este Hijo queridísimo, es el amarle con todo nuestro corazón en este mundo, para tener la dicha de amarle eternamente en el cielo.

Jaculatoria.—Madre mía, haced que siempre me acuerde de Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

«Si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde, y si quieres ser muy santo, sé muy humilde», dice San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías; es decir, que la santidad es proporcionada a la humildad. Según esto, ¿cuán profunda sería vuestra humildad, Esposo castísimo de la Madre de Dios, para merecer el nombre de justo, o santo por excelencia, y para merecer ser destinado por la divina Providencia para padre nutricio del Dios de la humildad, del Dios nacido en un mísero establo, del Dios que murió en un patíbulo afrentoso? Si Dios da las gracias en proporción del estado y empleo del agraciado, como dice Santo Tomás de Aquino, vuestra humildad debió ser casi infinita. Sólo así comprendo al hombre más grande a los ojos de Dios, ejerciendo resignado el humil-

de oficio de carpintero. ¡Qué hermosa, qué sublime es la humildad! Y, sin embargo, ¡necio de mí!, soy esclavo de la soberbia, y le rindo un culto infame, y huyo de la humildad, y la detesto. Infundid, humildísimo José, infundid en mi alma el espíritu de la *hermosa virtud de la humildad*, que tan grande os hizo aparecer ante los ojos del Señor, para fundar sobre ella el edificio de mi perfección, y tengan en mí cumplimiento las palabras de Jesús: «El que se humilla será ensalzado.»

Jaculatoria.—¡Santo Patriarca, alcanzadme un perfecto conocimiento de mí mismo, y formadme para Dios, puro, casto y humilde de corazón!

Oración, pág. 26.

NOVENA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

El venerable padre Baltasar Alvarez vio que Jesús estaba en el Sacramento con las manos llenas de gracias, bus-

cando a quién darlas. Santa Catalina de Sena, siempre que se acercaba al Santísimo Sacramento, dicen lo hacía con aquella prisa amorosa con que se llega un niño al pecho de su madre.

¡Amadísimo Unigénito del Eterno Padre! Conozco que sois el objeto más digno de ser amado. Deseo amaros cuanto merecéis, o, a lo menos, cuanto puede un alma desear amaros; comprendo que yo, traidor y rebeldísimo a vuestro amor, no merezco amaros ni merezco estar cerca de Vos como estoy en esta iglesia; pero también sé que Vos buscáis mi amor y me decís: *Hijo mío, dame tu corazón* (Prov., 23, 26). *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.* (Deut., 6, 5). Comprendo que me habéis conservado la vida para esto y no me lanzaréis al infierno; ha sido para que me convierta del todo a vuestro amor, y pues aún queréis ser amado de mí, aquí me tenéis, Dios mío; a Vos me rindo, a Vos me entrego; os amo, ¡oh Dios!, todo bondad y todo amor. Os elijo por único Rey y Señor de mi pobre corazón; Vos lo queréis y yo os lo quiero dar;

frío está y repugnante es; mas, si lo aceptáis, Vos lo mudaréis. Cambiadme, Dios mío, cambiadme; no quiero vivir como en el pasado, tan ingrato y tan poco amante de vuestra bondad infinita, que tanto me ama y merece amor infinito. Haced que de hoy en adelante compense con mi amor el que dejé de teneros en el pasado.

Jaculatoria.—¡Dios mío, Dios mío! Os quiero amar, os quiero amar, os quiero amar.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Totalmente semejante a su Hijo Jesús es María, su Madre, que siendo Madre de misericordia, goza cuando socorre y consuela a los míseros. Tanto es el deseo que tiene esta Madre de dispensar gracias a todos, que dice Bernardino de Bustos que más desea ella hacernos bien y concedernos mercedes, que nosotros recibirlas.

ORACION DE SAN JUAN DAMASCENO

Os saludo, ¡oh María! Vos sois la esperanza de los cristianos, y por eso me dirijo a Vos. Recibid, ¡oh tierna Madre!, la plegaria que os hace un pecador, pero un pecador arrepentido que os honra y que, después de Dios, pone en Vos toda la esperanza de su conversión y de su salvación. Estoy en deuda con Vos por tantas gracias; volvedme a poner en la gracia y amistad de vuestro divino Hijo. Sois el consuelo de los afligidos. Dignaos, pues, interceder por mí ante el Señor, para que Él me libre del peso de mis pecados, disipe las tinieblas de mi espíritu, destierre los afectos desordenados de mi corazón, reprima las acometidas y las tentaciones de mis enemigos, a fin de que, ayudado por su gracia, en adelante, ordene mi vida de tal forma, que pueda con su auxilio y bajo vuestra protección llegar al feliz puerto de la vida eterna.

Jaculatoria.—¡Salve, esperanza nuestra!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué sublime os encuentro, bendito José, sufriendo resignadamente las pruebas terribles a que os sometió el Señor en esta vida!

¡Qué heroica resignación la vuestra!
Cuando os veo en Belén reducido a tal extremo de pobreza que no tenéis con qué cubrir la desnudez del que con tanta magnificencia viste de flores los valles y de estrellas el firmamento; cuando os veo atravesar el árido desierto en demanda del hospitalario asilo para el Señor absoluto del Universo; cuando os veo cubierto de sudor para sustentar al que alimenta con regia esplendidez al miserable insecto; cuando os veo dispuesto y resignado a abandonar este mundo dejando en él, a merced del furor del infierno, al divino Jesús y a la bendita María, a quienes tanto amabais porque tanto valían y tanto os habían costado; cuando os veo tan absolutamente sometido a la voluntad de Dios, mi admiración no tiene límites, y encuentro vuestra resignación comparable

solamente con la resignación infinita de Jesús.

Bendito seáis, porque de tal manera que confundís mi falta de conformidad con la voluntad de Dios. Haced de mi corazón un altar en el que inmolarse con el cuchillo de la voluntad de Dios, y en honor de Jesús y de María, mi propia voluntad con todos sus gustos y apetitos, para que, viviendo aquí sacrificado por Cristo, pueda también con Él y con María y con vos, gozar eterna dicha en el cielo.

Jaculatoria. — ¡Glorioso Patriarca, alcanzadme la mayor conformidad y resignación, la gracia de acatar, reverenciar y amar siempre los altos designios del Todopoderoso!

Oración, pág. 26.

DECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Oh locos del mundo!, dice San Agustín; desgraciados, ¿adónde vais a satisfacer los deseos de vuestro corazón? Ve-

nid a Jesús, que Él sólo es quien puede daros el contento que buscáis. Alma mía, no seas tú también tan insensata; busca sólo a Dios. Y si lo quieres hallar pronto, míralo cerca de ti; dile qué pretendes, pues para eso quedó en el sagra-rio, para consolarte y oírte. Decía Santa Teresa: «Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor; porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de haber horas de hablar y señaladas personas que los hablen; si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo; que si es con el rey, aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados, y a buen seguro que no sean personas que tengan al mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades que no tienen ni deben; no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece; que aun pensarlo no deben dar por no ser desfavorecidos. ¡Oh Rey de la gloria y Señor de todos los reyes, có-

mo no es vuestro reinado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester teneros para nos!» Los reyes dan audiencia pocas veces al año; mas Vos, en ese Sacramento, a todos nos dais audiencia de día y de noche, y siempre que la queremos. ¡Oh Sacramento de amor que ya orando os dais a nosotros en la santa Comunión cuando estáis en el altar. Sabéis cautivar con vuestro amor tantos corazones, que, enamorados de Vos, pasmados de tanta bondad, arden dichosos pensando siempre en Vos, atraed también mi corazón miserable, que desea amaros y vivir esclavo de vuestro amor! De hoy en adelante, por lo que a mí hace, pongo todos mis intereses, todas mis esperanzas, todos mis afectos, mi alma, mi cuerpo y todo cuanto poseo, en manos de vuestra bondad. Recibidlo, Señor, y haced de mí lo que fuere de vuestro agrado. No quiero quejarme más, amor mío, de vuestras santas disposiciones, pues sé que naciendo todas de vuestro amoroso Corazón, serán todas amorosas y para mi bien; me basta que Vos las queráis para que yo

las quiera todas en tiempo y eternidad. Haced lo que os agrade en mí y de mí, pues por completo me entrego a vuestra voluntad, que es toda santa, toda buena, toda perfecta y amable. ¡Oh voluntad de mi Dios, cuán agradable me eres! Quiero vivir y morir siempre unido y abrazado contigo. No tengo más gusto que el vuestro, ni más deseos que los vuestros. ¡Dios mío, Dios mío!, ayudadme, haced que de hoy en adelante viva sólo para Vos, sólo para querer lo que Vos queréis, sólo para amar vuestra amable voluntad. Muera yo por vuestro amor, ya que Vos moristeis por mí y por mí os hicisteis alimento. Maldigo los días en que hice mi voluntad con tanto disgusto vuestro. Te amo, voluntad divina, cuanto amo a Dios; te amo, pues, con todo mi corazón, y a Ti me entrego todo.

Jaculatoria.—¡Oh voluntad de Dios, Vos sois mi único amor!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice la excelsa Reina: *Conmigo están las riquezas y la gloria... para enriquecer a los que me aman* (Prov., 8, 18, 21). Amemos a María si queremos ser enriquecidos con gracias. El sabio Idiota la llamaba *Tesorerera de las gracias*. ¡Bienaventurado el que con amor y confianza recurre a María! Madre mía, esperanza mía, Vos me podéis hacer santo y lo espero de Vos.

ORACION DE SAN ANDRES
DE CRETA

¡Salve, oh María, llena de gracia! El Señor es contigo. ¡Salve, oh fuente de nuestra alegría!, por quien la sentencia de nuestra condenación fue revocada y cambiada en un juicio de bendición. ¡Salve, oh templo de la gloria de Dios!, mansión sagrada del Rey de los cielos. ¡Salve, oh Princesa de nuestra alegría! Vos sois verdaderamente bendita entre

todas las mujeres, ya que sois la única escogida para ser la Madre de vuestro Creador. Todas las naciones os llamarán bienaventurada.

¡Oh María!, al poner en Vos una santa confianza, lo espero todo para mi salvación. Si os dignáis recibirme bajo vuestra protección, nada tengo que temer de los ataques de mis enemigos. Estar enteramente consagrado a Vos es tener armas seguras para combatir y vencer. Recibidme, pues, en el número de vuestros hijos, como yo os escojo para que seáis mi tierna Madre.

Jaculatoria.—Madre amable, rogad por mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

No hay tesoro comparable con la pureza de corazón, ni joya tan preciosa como un corazón casto. *Dios, dice Bossuet, se complace en mirarse en un corazón casto como en un clarísimo espejo. Él mismo se imprime en él con toda su*

celestial hermosura, de suerte que viene a convertirlo en un sol resplandeciente por los rayos divinos que lo penetran. Así se explica que Jesús amase tanto la castidad. Así se comprende su especial predilección por el Discípulo amado. A él sólo consiente apoyarse cariñosamente sobre su corazón; a él sólo, después de María, habla desde la cruz; a él sólo encomienda el cuidado de su divina Madre, y a él sólo deja especialmente bajo la protección de María. ¿En qué sublime grado brillaría en vos *la hermosa castidad*, purísimo José, para merecer entre todos los hombres la distinción de ser depositario de la Pureza infinita y esposo de la Virgen por excelencia?

¡Qué vergüenza, qué confusión para mí! ¡Vos tan casto y tan hermoso, y yo tan impuro y tan horrible a los ojos de Dios! Cubridme, bondadoso protector mío, con el blanquísimo manto de la pureza, como hicisteis con vuestra devotísima Teresa de Jesús, dándole a entender que estaba purificada de todos sus pecados. Alcanzadme, como a ella,

la gracia especial de ser vuestro devoto, y esto será para mí la más segura prenda de vuestra protección y de mi eterna felicidad.

Jaculatoria.—¡Esposo castísimo de María! Libradnos de toda mancha de impureza y alcanzadnos la bendición que humildemente te pedimos.

Oración, pág. 26.

UNDECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Santa Teresa dice: «Consideremos cuán medradas, cuán lustrosas y cuán seguras andan las ovejas que andan cerca del pastor; y procuremos no apartarnos del nuestro ni perderle de vista; porque las ovejas que andan cerca del pastor siempre son más regaladas y siempre les da bocadillos más particulares de lo que él mismo come. Si el pastor se esconde o duerme, no se menea ella de un lugar hasta que aparece o des-

pierta el pastor, o ella misma, balando con perseverancia, le despierta, y entonces, con nuevo regalo, es de él acariciada.» ¡Redentor mío Sacramentado! Aquí estoy cerca de Vos; no quiero otro regalo que el fervor y perseverancia en vuestro amor. ¡Oh santa fe!, le doy gracias, pues me enseña y afirma que en el divino Sacramento del altar, en aquel pan celestial, no hay pan, sino que está por completo mi Señor Jesucristo y permanece por mi amor. Señor mío y mi todo: os creo presente en el Santísimo Sacramento, y aunque desconocido a los ojos de la carne, os reconozco, con la luz de la fe, oculto en la hostia consagrada, por Monarca del cielo y de la tierra y Salvador del mundo. ¡Ah dulcísimo Jesús mío! Así como sois mi esperanza, mi salvación, mi fortaleza y mi consuelo, así quiero seáis también todo mi amor y el único objeto de todos mis pensamientos, deseos y afectos. Me alegro más de la suma felicidad que gozáis y gozaréis eternamente, que de todos los bienes que yo pudiera alcanzar, así en el tiempo como en la eternidad.

Mi sumo contento, amado Redentor mío, es que Vos sois plenamente feliz y que vuestra felicidad es infinita. Reinad, Señor mío, reinad en mi alma toda; yo os la entrego para que la poseáis para siempre. Mi voluntad, mis sentidos, mis potencias, sean todos esclavos de vuestro amor, y no sirvan en este mundo más que para daros gusto y gloria. ¡Oh primera amante y Madre de mi Jesús, María Santísima!, ayudadme y alcanzadme vivir en adelante como siempre vivisteis Vos, dichosa de ser toda de Dios!

Jaculatoria. — ¡Jesús mío! Sea yo todo vuestro y sed Vos todo mío.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dichoso el hombre que me escucha, vigilando a mis puertas cada día, guardando las jambas de mi entrada (Prov., 8, 34). ¡Dichoso el que, como los pobres ante las puertas de los ricos, procura buscar limosna de gracias ante las puer-

tas de la misericordia de María! ¡Y mas dichoso quien procura imitar las virtudes que observa en María, especialmente su pureza y su humildad!

ORACION DEL MISMO SAN ANDRES DE CRETA

¡Oh Madre de misericordia! Cuando vivíais en la tierra merecíais ya el tributo de nuestra veneración y de nuestra confianza. Pero ahora que estáis elevada a lo más alto de los cielos, los verdaderos fieles os miran como el propiciatorio de todas las naciones. Os suplicamos, pues, instantemente, oh Virgen santa, que nos concedáis el socorro de vuestra intercesión y de vuestras plegarias ante Dios. Santas plegarias, que nos son más queridas y más preciosas que todos los tesoros de la tierra; plegarias eficaces, que nos obtienen de Dios la abundancia de sus gracias; plegarias poderosas, que detienen e inutilizan todos los esfuerzos de nuestros enemigos, siempre conjurados contra

nosotros. Deshacedlos, ¡oh Madre de misericordia!; confundid sus proyectos, armad nuestra debilidad contra su malicia y mostrad que sois verdaderamente la Madre de todos los fieles que ponen en Vos su confianza. La mía os la entrego toda y hasta el último suspiro esperaré en Vos.

Jaculatoria.—¡Esta es toda mi confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Vedme aquí, pacentísimo José. Vengo a pedir por vuestra poderosa mediación la sublime, la admirable, la heroica virtud de la *paciencia*, virtud casi desconocida y generalmente despreciada hasta que Jesús la divinizó con su ejemplo, enseñándonos a practicarla resignadamente y hasta con alegría cuando es perfecta, diciéndonos que las contrariedades y tribulaciones de la vida no son casuales, sino enviadas y consentidas por

Dios para nuestro ejercicio y mayor corona. Vos, que, como caritativo y humilde en sumo grado, fuisteis también en sumo grado paciente y resignado, ayudadme a conseguirla por medio de la caridad, su madre, y de la humildad, su compañera inseparable. ¡Oh! ¡Qué paciencia la vuestra en todos los trances de la vida, y especialmente cuando, abandonado, al parecer, de Dios fuisteis despreciado, insultado y escarnecido de los hombres, y os visteis obligado a buscar entre las bestias un hospedaje que os negaron los hombres! ¡Y vos, tan justo, tan santo, tan amado de Dios, no tuvisteis una palabra de queja ni un movimiento de impaciencia! ¡Y yo, miserable pecador, me quejo amargamente cuando el Señor, para corregirme, se acuerda de mí! Alcanzadme, santo mío, la hermosa paciencia sin la cual es imposible tener paz en la tierra y conquistar el reino de los cielos.

Jaculatoria.—¡San José, hacedme sufrir con paciencia, por el amor de Dios, las injurias, las decepciones y los desengaños!

Oración, pág. 26.

DUODECIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dios es amor, y quien permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él (Jo., 4, 16). Quien ama a Jesús, está con Jesús, y Jesús está con él. Si alguno me amare, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y a él vendremos y en él haremos mansión. San Felipe Neri, cuando comulgó por Viático, al ver entrar al Santísimo Sacramento, exclamó: Este es el amor mío, éste es el amor mío. Diga también cada uno de nosotros aquí, en la presencia de Jesús Sacramentado: Este es el amor mío, éste es el objeto de mis amores, de toda mi vida y de toda la eternidad.

¡Ah Señor mío y Dios mío!, pues dijisteis en el Evangelio que quien os ama será amado de Vos, y que vendréis a él y haréis mansión para no marcharos ya, yo os amo sobre todo bien; amadme también Vos, Señor, porque estimo

más ser amado de Vos que poseer todos los reinos del mundo. Venid y fijad vuestra morada en la pobre casa de mi alma, de forma que nunca os separéis de mí, o, mejor dicho, que yo nunca os despidas. Vos no os ausentáis si no se os echa, y como yo os eché en el tiempo pasado, temo volver a hacerlo de nuevo. ¡Ah!, no permitáis que acaezca en el mundo esta nueva maldad y horrenda ingratitud, que yo, tan favorecido por Vos con tantas gracias, llegue a echaros de mi alma otra vez. Mas, ¡ay!, que puede suceder, y por eso, Señor mío, deseo la muerte, si es de vuestro agrado, para que muriendo unido con Vos. con Vos unido viva eternamente. Sí, Jesús mío; así lo espero. Os abrazo, os estrecho contra mi pobre corazón. Haced que os ame yo siempre y sea amado siempre de Vos. Sí, amabilísimo Redentor mío, siempre os amaré y siempre me amaréis, y espero que nos amaremos por siempre. Amén. Así sea.

Jaculatoria.—¡Jesús mío, quiero amaros siempre y ser de Vos amado!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Los que obran por Mí, no pecarán (Eccli., 24, 30). Los que me esclarecen tendrán vida eterna (Eccli., 24, 31), dice María. Los que se esfuerzan por darme a conocer y amar a los demás serán predestinados. Promete, siempre que puedas, hablar, en público o en privado, de las glorias y de la devoción a María.

ORACION DE SAN ILDEFONSO

¡Oh Soberana mía, oh Madre de mi Salvador!, Vos sois bienaventurada entre todas las mujeres, pura entre todas las vírgenes, Reina de todas las criaturas. He aquí que todas las naciones os llaman por excelencia bienaventurada. Haced que yo publique vuestra grandeza cuanto pueda publicarla, que os ame cuanto pueda amaros, que os invoque cuanto pueda invocaros, que contribuya a hacer que os honren cuanto a ello puedan contribuir mis fuerzas, mi celo, mi amor. Quisiera ver todo el universo

prosternado a vuestros pies, todo los corazones abrasados en vuestro amor, y que todos amasen a vuestro divino Hijo como Vos lo amasteis en este mundo y le amaréis por toda la eternidad. Instantemente os pido para mí esta gracia, aunque yo sea muy indigno de obtenerla.

Jaculatoria.—Permitidme, Virgen sagrada, que os alabe.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Oh bienaventurado Patriarca San José! En vos, después de Jesús y de María, pongo toda mi confianza. Acudid, bondadoso, en mi auxilio y alcanzadme *docilidad de corazón*, sin la cual me esforzaré en vano para resistir a los enemigos de mi alma. Esclavo de mi propia voluntad, me rebelo contra la voluntad del Señor. Dócil a mis propios deseos y apetitos, me resisto neciamente a las inspiraciones del cielo, que me llaman al cumplimiento del deber. Lejos de te-

ner aquella docilidad de corazón que tanto resplandece en vos y que os elevó sobre todos los hombres; lejos de ponerme, como Samuel, en manos del Señor y decirle: «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha; mandad y seréis prontamente obedecido», cierro, insensato, mis oídos a la voz de Dios y a las inspiraciones de la gracia, desobedeciendo a la ley divina y a las insinuaciones de mi propia conciencia, para seguir ciegamente las máximas del demonio, las vanidades del mundo y los movimientos de la carne, que, como siempre mariposa, me arrastran hacia las llamas del infierno.

Compadeceos de mi flaqueza, y no me abandonéis a mis crueles enemigos. Pedid al bondadoso Jesús que me dé un corazón dócil y obediente, un corazón semejante al suyo, para que, siguiendo fielmente las inspiraciones de la gracia y triunfando de mi criminal obstinación, me haga, como vos, digno de Dios y de sus eternas recompensas.

Jaculatoria.—En vos tengo puesta, gloriosísimo San José, mi confianza.

Oración, pág. 26.

DECIMOTERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Mis ojos y mi corazón estarán allí todos los días (3 Reg., 11). Mirad cómo cumple Jesús esta promesa en el Sacramento del altar, donde quedó con nosotros de día y de noche. Señor mío, bastaba que os quedaseis en este Sacramento sólo durante el día, en el que podíais tener adoradores de vuestra presencia que os hicieran compañía; pero, ¿por qué quedaros toda la noche, cuando los hombres cierran las iglesias y se retiran a sus casas, dejándoos completamente solo? Pero ya lo entiendo: el amor apasionado que nos tenéis os sujetó de tal modo a la tierra, que ni de día ni de noche os consiente apartaros de nosotros. ¡Ah Salvador amabilísimo!, esta sola fineza debería obligar a todos los hombres a acompañaros siempre en el sagrario hasta que por fuerza los echasen de allí, y al ausentarse debieran to-

dos dejar al pie de los altares su corazón y todos sus afectos hacia un Dios humanado que queda allí solo y encerrado en el Tabernáculo, hecho todo ojos para ver y remediar nuestras necesidades, y todo corazón al quedarse para amarnos, y esperando el día para ser visitado de sus amadas almas. Sí, Jesús mío, yo quiero contentaros; os consagro toda mi voluntad y todos mis afectos. ¡Oh Majestad infinita de un Dios! Os quedasteis en este divino Sacramento no sólo para estar presente y cercano a nosotros, sino principalmente para comunicaros a vuestras queridas almas. Mas, Señor, ¿quién se atreverá a acercarse a alimentarse de vuestra carne? O, al contrario, ¿quién podrá alejarse de Vos? Os quedáis oculto tras la hostia consagrada para entrar dentro de nosotros y poseer nuestros corazones. Deseáis ardientemente que os recibamos y gustáis de estar unido con nosotros. Venid, pues, Jesús mío, venid; deseo recibirlos dentro de mí para que seáis el Dios de mi corazón y de mi voluntad. Cuanto hay en mí, ceda, querido Reden-

tor mío, a vuestro amor: satisfacciones, placeres, voluntad propia, todo lo sacrifico a Vos. ¡Oh amor, oh Dios de mi amor!, reinad, triunfad enteramente en mí; destruid y sacrificad en mí todo lo que es mío y no vuestro. No permitáis, amor mío, que mi alma, llena de la Majestad de Dios, después de haberos recibido en la sagrada Comunión, vuelva a aficionarse a las criaturas. Os amo, Dios mío; os amo, y sólo a Vos quiero amar perpetuamente más y más.

Jaculatoria.—Atraedme con los lazos de vuestro amor.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo nos exhorta: «Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María.» Dice San Pedro Damiano: «Ella es el tesoro de las divinas gracias.» Ella puede y quiere enriquecernos, y por eso nos invita y nos llama: *El que sea pequeño, lléguese acá* (Prov., 9, 4). Señora amabilísima, Señora su-

blimísima, Señora benignísima, mirad a un pobre pecador que se encomienda a Vos y confía enteramente en Vos.

ORACION DEL MISMO SAN ILDEFONSO

¡Oh mi augusta Soberana!, la más dichosa de las criaturas y la más humilde sierva del Señor. Yo me postro ante Vos, ¡oh Madre del Salvador!, y, lleno de confianza en vuestra bondad, os pido instantemente me obtengáis el dolor y el perdón de mis pecados, a fin de que mi alma sea purificada de todas sus manchas. Obtenedme, Virgen santa, la gracia de estar siempre unido a vuestro divino Hijo y a Vos, siendo siempre fiel en servir a vuestro divino Hijo y a Vos, a vuestro Hijo como a Dios, y a Vos como a Madre de Dios; a vuestro hijo como a mi Redentor, y a vos como a co-operadora de mi redención, ya que Vos llevasteis en vuestro casto seno el cuerpo adorable que fue inmolado por mí,

y lo ofrecisteis Vos misma por mi salvación.

Jaculatoria.—Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué diferente soy de vos, bendito Patriarca San José! Apenas advertisteis el peligro, procurasteis huir de él sin reparar en sacrificios, y la victoria fue la recompensa de vuestra prudente diligencia. Apenas supistes por el ángel que el precioso tesoro, Jesús confiado a vuestro cuidado, estaba en peligro, acudisteis solícito a ponerlo en salvo; mientras yo, desgraciado de mí, dormido en brazos de mi criminal negligencia, veo mi único tesoro, mi única joya, mi alma, en manos del más infame de los logreros, envuelta entre el lodo de los vicios y en el peligro de ser para siempre esclava del más cruel de los tiranos, y permanezco indiferente como si nada me importara la salvación de mi alma.

Ya sé que consiste en que no amo a Jesús, porque si amara a Jesús amaría también a mi alma, que tanto le ha costado; *pondría una diligencia exquisita* en hacer su divina voluntad, y en vez de la pereza con su tropel de vicios, me dominaría la prudente diligencia, con todas las virtudes hijas del amor.

No permitáis, protector mío, que me consuma la apática negligencia, que me convertirá en árbol seco, solamente digno del fuego eterno. Ayudadme a salvar el precioso tesoro de mi alma, hermosa imagen de Dios, para que vuelva a la gracia de su Creador.

Jaculatoria.—¡Santo Patriarca! Haced que las mismas zozobras y amarguras de la vida enardezcan mi fe y mi esperanza.

Oración, pág. 26.

DECIMOCUARTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Amabilísimo Jesús: os oigo decir desde este sagrario en que estáis: *Este es mi descanso para siempre; aquí habitaré, pues lo escogí* (Ps. 131, 14). Pues si Vos escogisteis vuestra habitación entre nosotros, quedándoos en los altares en el Santísimo Sacramento, y aquí el amor que nos tenéis os hace encontrar vuestro reposo, razón es también que nuestros corazones habiten siempre con Vos por amor y encuentren aquí toda su delicia y descanso. ¡Felices vosotras, almas amantes, que no halláis en el mundo más grato descanso que el estar cerca de vuestro Jesús Sacramentado! Y dichoso yo, Señor mío, si de ahora en adelante no tuviese otro contento mayor que el de estar siempre presente ante Vos, o siempre pensando en Vos, que estáis en el Santísimo Sacramento pensando siempre en mí y en mi bien. ¡Ay,

Señor mío!, ¿y por qué perdí tantos años sin amaros? Años míos desventurados, os maldigo, y te bendigo a Ti, paciencia infinita de mi Dios, que tantos años me has sufrido, a pesar de ser tan ingrato a vuestro amor. Mas, con ser tan ingrato, me habéis esperado; ¿para qué, Dios mío, para qué? Para que, vencido algún día de vuestras misericordias y por vuestro amor, me rindiera del todo a Vos. Señor, ya no quiero resistir más; no quiero ser más ingrato. Razón es que os consagre, al menos, el tiempo, sea poco o mucho, que me quede de vida. Espero, Jesús mío, que me ayudaréis a ser todo vuestro. Ya que tanto me favorecisteis cuando huía de Vos y despreciaba vuestro amor, espero que me favoreceréis aún más ahora, que busco y deseo amaros. Dadme, pues, la gracia de amaros, ¡oh Dios, digno de amor infinito! Os amo con todo mi corazón, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo y más que a mi vida. Me arrepiento de haberos ofendido, bondad inmensa; perdonadme, y, junto con el perdón, concededme la gracia de que os

ame mucho hasta la muerte en esta vida y por toda la eternidad de la otra. Mostrad con vuestro poder, Dios omnipotente, este prodigio en el mundo: que un alma tan ingrata como la mía llegue a ser una de las más amantes vuestras. Hacedlo, Jesús mío, por vuestros merecimientos. Así lo deseo, así propongo hacerlo toda mi vida. Vos, que me inspiráis el deseo, dadme fuerzas para cumplirlo.

Jaculatoria.—Gracias, Jesús mío, por haberme esperado hasta ahora.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

«Nadie se salva—dice San Germán, hablando con María Santísima—sino por Vos; nadie se libra de los males sino por Vos; a nadie se concede gracia alguna sino por Vos.» De suerte, Señora y esperanza mía, que, si Vos no me ayudáis, perdido estoy, y no podré llegar a bendeciros al paraíso. Pero oigo, Señora,

que todos los santos dicen que no abandonáis al que recurre a Vos y que sólo se pierde quien a Vos no recurre. Yo, miserable, a Vos recurro y en Vos pongo todas mis esperanzas.

ORACION DE SAN ANSELMO

Os suplicamos, ¡oh Reina del cieio y soberana del universo!, por la gracia que Dios os hizo al elevaros a tan excelsa grandeza, os suplicamos instantemente que nos obtengáis que la plenitud de la gracia de que fuisteis colmada nos haga un día participantes de vuestra gloria. Interesaos, ¡oh Madre llena de misericordia!, por hacernos gozar de aquel bien inefable por el cual Dios Salvador se dignó encerrarse nueve meses en vuestras castas entrañas. Si os dignáis pedir a vuestro Hijo por nosotros, Él escuchará vuestras súplicas. ¿Y quién podría estrechar las entrañas de vuestra misericordia maternal? Mas si Vos no tenéis piedad de nosotros, ¿qué será de nosotros, que somos tan miserables?

¿Y cuál será nuestra suerte cuando vuestro divino Hijo venga a juzgarnos?

Jaculatoria.—Esta es toda mi confianza; ésta toda la razón de mi esperanza.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

«El que me ama—dice Jesús—observa mis mandamientos.» Esto me enseña que la virtud de la obediencia es hija del amor, y que por lo mismo que debo a Dios amor sobre todas las cosas, le debo también obediencia en todas las cosas. Así lo comprendisteis vos, obedientísimo José, y por eso le amasteis con toda vuestra alma y renunciasteis enteramente a vuestra propia voluntad para hacer en todo la de Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús, que se entrega a la muerte en aras del amor, y de María, que se sacrifica en el altar de la obediencia, exclamando: *He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra.* Alcanzadme, piadoso protector, la

gracia de amar a Dios sobre todas las cosas. ¡Oh! *¡Qué hermosa es la obediencia!* Jesús recibe por ella un nombre sobre todo nombre; María, la sublime dignidad de Madre de Dios y corredentora del mundo, y vos, la de padre de Jesús y esposo de María. Por eso vuestro devoto José de Calasanz sacrifica en aras del amor y de la obediencia su larga y fecunda vida y me anima a seguir sus pasos, diciéndome: «Nada has dado a Dios si no le has dado tu corazón.» Yo quiero, glorioso Patriarca, entregar a Jesús todo mi corazón. Conseguidme la gracia de amarle sobre todas las cosas, para obedecerle también en todas las cosas.

Jaculatoria.—Bendito San José, modelo sublime de obediencia, alcanzadme esta virtud, que sea el verdadero contento de mi alma y paz y ventura en mi familia.

Oración, pág. 26.

DECIMOQUINTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Fuego vine a prender en la tierra, ¿y qué quiero, si ya ha prendido? (Lc., 12, 49). Decía el venerable Padre don Francisco Olimpio, teatino, no haber cosa en la tierra que más vivamente encienda el fuego del amor divino en los corazones de los hombres como el Santísimo Sacramento del altar. Por eso, el Señor se mostró a Santa Catalina de Sena como una hoguera de amor, de la cual salían torrentes de divinas llamas que se esparcían por toda la tierra, por lo que la santa quedaba pasmada, considerando cómo los hombres todos podían vivir sin abrasarse de amor en medio de tamaño amor a los hombres.

Jesús mío, permitid que por Vos me abraze; haced que no piense, ni suspire, ni desee, ni busque más bien que a Vos. ¡Dichoso yo, si me poseyese este santo

fuego vuestro, y al paso que se van consumiendo mis años, fuera consumiendo felizmente en mí todos los afectos terrenos! ¡Oh Verbo divino, oh Jesús mío!, os veo sacrificado completamente, anodado y destruído por mi amor en el altar. Razón será, por tanto, que así como os sacrificáis hecho víctima de amor por mí, yo me consagre todo a Vos. Sí, mi Dios y mi soberano Señor; hoy os sacrifico toda mi alma, todo mi ser, toda mi voluntad, mi vida toda. Uno este mi pobre sacrificio con el sacrificio infinito que de Sí mismo os hizo, ¡oh Eterno Padre!, una vez en la tierra, Jesús, vuestro Hijo y mi Salvador, en la cruz, y que ahora os hace a diario tantas veces en los altares. Aceptadlo, pues, por los merecimientos de Jesús, y dadme la gracia de repetirlo todos los días de mi vida y de morir sacrificándome por completo en honra vuestra. Deseo la gracia concedida a tantos mártires de morir por vuestro amor; mas si no soy digno de ella, a lo menos, Señor mío, concededme que os sacrifique con toda mi voluntad mi vida, abrazando la muer-

te que me enviaréis. Señor, quiero la gracia de morir con la voluntad de honraros y daros gusto; y desde ahora os sacrifico mi vida y os ofrezco la muerte, sea cual fuere y cuando fuere.

Jaculatoria.—Jesús mío, quiero morir por agradaros.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dejad que yo también os llame, Señora mía amabilísima, con vuestro San Bernardo, «toda la razón de mi esperanza», y que os diga con San Juan Damasceno: «En Vos coloqué toda mi esperanza.» Vos me habéis de alcanzar el perdón de mis pecados, la perseverancia hasta la muerte y el verme libre del purgatorio. Los que se salvan, todos se salvan por Vos; quered, pues, salvarme y me salvaré. Vos salváis a cuantos os invocan; por eso os invoco, diciendo:

ORACION DEL MISMO SAN ANSELMO

Socorrednos, ¡oh Madre llena de misericordia!, sin que la multitud de nuestros pecados os impida interceder por nosotros. Acordaos que el Señor se dignó tomar en Vos un cuerpo mortal, no para condenar a los pecadores, sino para salvarlos. Si sólo para vuestra propia gloria hubierais sido constituída Madre de Dios, se podría decir que no os interesaba que todos nosotros nos salvemos o condenemos. Pero vuestro Hijo se revistió de nuestra carne para la salvación de todos los hombres. ¿De qué nos serviría vuestro poder y vuestra gloria si no os valéis de él para hacernos participantes de vuestra felicidad? Protegednos, pues, Virgen santa. Vos sabéis la necesidad que tenemos de vuestro auxilio: nos encomendamos instantemente a Vos. Haced que no tengamos la desdicha de condenarnos, sino que amemos y sirvamos eternamente con Vos a vuestro divino Hijo en su gloria. Amén.

Jaculatoria.—¡Oh salvación de los que te invocan, sálvame!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Humildísimo José: a vos, que sois el modelo perfecto del hombre laborioso y sufrido; a vos, que supisteis elevaros por vuestra humilde laboriosidad desde el pobre taller del artesano a la dignidad de cortesano del Rey de los reyes, a vos acudo humildemente en demanda de la *sufrida laboriosidad*, de esa virtud oscura, pero sublime y amada de Dios, que tanto se me resiste, porque no sé apreciar su excelencia, porque no sé, como vos, tener mi corazón puesto en Jesús mientras cumplo con la ley del trabajo, a que todos estamos condenados, y de la que el mismo Jesús no quiso exceptuarse. ¡Insensato! Cegado por un necio orgullo, me olvido de que para Dios no hay jerarquías y de que ante sus divinos ojos lo mismo valen las virtudes magníficas y esplendorosas de un rey que las

humildes y ocultas de un pobre carpintero o de un sencillo labrador. Necio de mí, pierdo de vista que debo ganar el sustento con el sudor de mi rostro, y que en mi trabajo tengo mi corona y el medio más propio para expiar mis pecados, ofreciéndoselo humildemente a mi Dios. ¡Ay! ¡Cuántos años he perdido para el cielo por no haber sabido santificar mi trabajo! Alcanzadme, piadosísimo José, la virtud de la laboriosidad, y enseñadme a elevar mi corazón a Dios, ofreciéndole todas mis obras para que mis penas y amarguras se endulcen con la esperanza de recibir la recompensa del cielo.

Jaculatoria.—Esposo castísimo de María, ejemplo de sencillez y de amor al trabajo: haced que en mi corazón germinen los mismos sentimientos.

Oración, pág. 26.

DECIMOSEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Oh, si los hombres recurriesen siempre al Santísimo Sacramento a buscar el remedio de sus males, por cierto no serían tan desdichados como son! Lamentábase Jeremías así: *¿No hay bálsamo en Galaad, o no hay allí médico?* (Jerem., 8, 22). Galaad, monte de Arabia, rico en ungüentos aromáticos, como nota Beda, es figura de Jesucristo, que tiene dispuestos en este Sacramento todos los remedios de nuestros males. Hijos de Adán, parece que nos dice el Redentor, ¿por qué, pues, os quejáis de vuestros males cuando tenéis en este Sacramento el médico y remedio de todos ellos? *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré* (Mt., 11, 28). Os diré, pues, con las hermanas de Lázaro: *Ved que está enfermo el que amáis* (Jo., 11, 3). Señor, yo

soy el miserable al que amáis, y tengo el alma llagada por los pecados cometidos. Vengo a Vos, mi divino Médico, a que me sanéis: Vos podéis y queréis sanarme. Sanad mi alma, porque he pecado contra Vos.

Atraedme del todo a Vos, dulcísimo Jesús mío, con los amabilísimos encantos de vuestro amor. Más estimo estar unido a Vos que ser dueño de toda la tierra. No deseo en el mundo sino amaros. Poco que daros tengo: mas si pudiera poseer todos los reinos del mundo, solamente los quisiera para renunciarlos todos por vuestro amor. Renuncio, por tanto, a cuanto poseo: parientes, comodidades, gustos y hasta los consuelos espirituales; pongo a vuestra disposición mi libertad, mi voluntad. A Vos se dirijan todos mis amores. Os amo, Bondad infinita; os amo más que a mí mismo, y espero amaros eternamente.

Jaculatoria.—Jesús mío, a Vos me entrego; recibidme, por piedad.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía; dijisteis a Santa Brígida: «Por mucho que haya pecado el hombre, si verdaderamente arrepentido se vuelve a Mí, al punto estoy dispuesta a acogerlo; ni miro cuanto ha pecado, sino la voluntad con que viene, pues no me desdeño de ungir ni curar sus llagas, pues me llamo y soy en verdad Madre de misericordia.» Por tanto, ya que podéis y queréis curarme, a Vos acudo, Médica celestial, para que sanéis las muchas llagas de mi alma; con una palabra que digáis a vuestro Hijo quedaré curado.

ORACION DE SAN PEDRO
DAMIAN

¡Oh santa Virgen y divina Madre!, dignaos socorrer a los que imploran vuestra intercesión ante Dios. Volved a nosotros vuestros ojos misericordiosos y conmoveos ante nuestras miserias. Ma-

dre de gracias, ¿acaso por haber sido elevada a tan sublime grandeza, ibais a olvidar a los hombres en sus males y en su indigencia? No; sin duda, vuestro corazón se preocupa siempre por nosotros. Ciertamente, no es propio de una misericordia tan grande como la vuestra el olvidar una miseria tan profunda como la nuestra. Volved, pues, vuestras miradas hacia nosotros; ved a qué peligros estamos expuestos sin cesar. Dios Todopoderoso os ha hecho la depositaria de su poder y de sus gracias. Volved la abundancia de ellas sobre nosotros. Todo os es posible si queréis interceder por nosotros. Cuanto sois más poderosa, tanto más misericordiosa seréis, sobre todo para con los hijos afligidos que recurren a la Madre de gracia.

Jaculatoria.—¡Oh María, tened compasión de mí!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Modelo perfectísimo de todas las virtudes, celosísimo José: a vos, que durante toda la vida fuisteis víctima de vuestro celo por la honra y gloria de Dios, sufriendo por su amor terribles tribulaciones que llenaron de amargura vuestro dulcísimo corazón, especialmente durante aquellos tres eternos días que estuvisteis separado del amabilísimo Jesús, sin consuelo ni descanso, hasta que le estrechasteis de nuevo contra vuestro atribulado corazón, a vos recurro hoy humildemente. No me abandonéis, y seguidme *aquel santo celo* que no os permitía vivir un momento apartado del dulcísimo Jesús, sin el cual no hay dicha posible sobre la tierra. No consintáis que me aparte un solo momento de su divina presencia. Y si alguna vez, por mi desgracia, me aparto de Él por el pecado, excitad en mi alma tal sentimiento, que no descanse un instante hasta hallarme nuevamente decidido a no separarme más de Él aunque me cueste la

vida, diciendo con la Esposa de los Cantares: «Hallado he al que ama mi alma; tendréle y no le dejaré.» Haced que lo ame tanto, tanto, que mi alma esté siempre pensando en Él para alabarlo y bendecirlo, y hacer su voluntad en todo, y mi cuerpo lo esté siempre visitando y acompañando en este adorable Sacramento del altar, donde está humillado por mi amor y llamándome cariñosamente para regalarme con sus divinas caricias.

Jaculatoria.—¡Glorioso y sufrido San José! Infundid en mi pobre corazón sentimientos de caridad y santo celo por la gloria de vuestro amado Jesús.

Oración, pág. 26.

DECIMOSEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Las almas amantes no saben encontrar mayor contento que estar en presencia de las personas que aman. Si

amamos, pues, mucho a Jesucristo, estémonos aquí en su presencia. Jesús en el Sacramento nos ve, nos oye, ¿y no le diremos nada? Consolémonos con su compañía; gocémonos de su gloria y del amor que tantas almas enamoradas tienen al Santísimo Sacramento. Ansiemos que todos amen a Jesús Sacramentado y le consagren el corazón; y nosotros consagrémosle todo nuestro afecto. Sea Él todo nuestro amor, todo nuestro deseo. El beato Salès, de la Compañía de Jesús, sentíase consolado con sólo hablar del Santísimo Sacramento, y nunca se cansaba de visitarlo. Si le llamaban a la portería, si volvía a su aposento, si andaba por casa, procuraba siempre, con tales ocasiones, repetir las visitas a su amado Señor, de modo que se advirtió que apenas pasaba hora del día sin que le visitase. Al fin, mereció morir a manos de los herejes en defensa de la verdad del Sacramento. ¡Oh, si yo tuviera también la dicha de morir por tan hermosa causa como defender la verdad de este Sacramento, en el cual nos disteis a entender, amabilísimo Jesús, la ternu-

ra del amor que nos teníais! Pero, Señor, ya que Vos hicisteis en este Sacramento tantos milagros, haced aún este milagro de atraerme del todo a Vos, que me queréis todo vuestro y que lo merecéis sobradamente. Dadme fuerzas para amaros con todo mi corazón. Los bienes de este mundo dadlos a quien os agrade, que yo los renuncio todos, y sólo quiero y suspiro por vuestro amor. Esto sólo busco y buscaré siempre. Os amo, Jesús mío; haced que os ame siempre, y nada más os pido.

Jaculatoria.—Jesús mío, ¿cuándo os amaré de veras?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Reina dulcísima, ¡cuánto me agrada el hermoso nombre con que os llaman vuestros devotos *Madre amable*! Así es, porque Vos, Señora mía, sois sumamente amable. Vuestra hermosura hizo que quedara enamorado de Vos hasta el mis-

mo Señor vuestro. *Y el Rey se prenda-
rá de tu hermosura* (Ps. 44, 12). Dice San
Buenaventura que es tan amable vues-
tro nombre para los que os aman, que al
decirlo u oírlo decir, sienten que se in-
flama y aumenta el deseo de amaros.
Justo es, pues, Madre mía amabilísima,
que os ame; pero no me contento sólo
con amaros, sino que deseo, primero en
la tierra y después en el cielo, ser el pri-
mero en amaros después de Dios. Si el
deseo es demasiado audaz, la culpa la
tiene vuestra amabilidad y el amor es-
pecial que me habéis demostrado. Si fue-
seis menos amable, menos desearía ama-
ros. Aceptad, pues, ¡oh Señora!, este
deseo mío, y, en prenda de haberlo acep-
tado, alcanzadme de Dios este amor que
os pido, pues tanto agrada a Dios el
amor que se os tiene.

ORACION DEL MISMO SAN PEDRO DAMIAN

¡Oh María, Madre de mi Dios!, diri-
gidnos una mirada de vuestro maternal

Corazón. Sé, ¡oh Reina de los ángeles y de los hombres!, que vuestro Corazón está lleno de ternura para con nosotros, y que nos amáis con un amor que no puede ser sobrepasado más que por el de Dios mismo. ¿Cuántas veces no habéis apaciguado la cólera de nuestro Juez, ofendido, cuando estaba a punto de descargar el castigo? Todos los tesoros de su misericordia están en vuestras manos. ¡Ah!, nunca ceséis de sernos propicia, pues sólo buscáis la ocasión de salvar los pecadores y de consolar los afligidos. Volved, pues, a nosotros esos ojos misericordiosos, a fin de que podamos un día llegar a gozar de vuestra vista en el cielo, ya que la gloria más grande que podemos obtener, después de la dicha de ver a Dios, es la de veros a Vos, bendeciros y alabaros para siempre.

Jaculatoria.—Madre mía amabilísima. os amo mucho.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Salve, fidelísimo José, salve! A vos, que sois el siervo fiel y prudente constituido por nuestro Señor sobre su familia para ser el custodio fiel del tesoro por excelencia, su divino Hijo; el sostén, amparo y consuelo de la nueva Arca de la Alianza, su bendita Madre, y el ejecutor de sus misteriosos designios sobre la tierra, a vos me encomiendo. Al mismo tiempo que admiro vuestra sublime dignidad y os glorifico y alabo, porque de vos se dijo en los Proverbios: *El que es fiel guardián de su Señor, será glorificado*, me pongo enteramente en vuestras manos para que, como plenipotenciario de Dios, su tesoro universal y fidelísimo administrador de las gracias celestiales, según Santa Teresa y el dulcísimo San Bernardo, me hagáis, aunque indigno, participante de las riquezas del cielo. Ya sé que no lo merezco; pero en vuestra poderosa protección espero conseguirlo todo de mi Señor Jesucristo, que nada os puede negar. Alcanzad-

me para ello la gracia de ser, a imitación vuestra, *un siervo fiel y sumiso a la voluntad de Dios*, para que, guardando fielmente el sagrado tesoro de los divinos mandamientos, sea con vos alabado y glorificado por toda la eternidad, en compañía de Jesús y de María, en el cielo.

Jaculatoria.—Glorioso San José, ejemplar el más sublime de fidelidad: alcanzadme esta virtud para bien de mi alma.

Oración, pág. 26.

DECIMOCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Vendrá el día en que Jesucristo en el valle de Josafat se siente sobre trono de majestad; mas ahora, en el Santísimo Sacramento, está sentado en trono de amor. Si para manifestar el rey el amor que tiene a un pastorcillo fuese a vivir en la aldehuela en que éste vive, ¿qué

ingratitude sería la del aldeanillo si no lo visitase muchas veces, sabiendo que el rey tanto desea verlo y que se trasladó a la aldea sólo por poder verlo a menudo?

¡Ay, Jesús mío! Comprendo que por mi amor habéis venido a quedar en el Sacramento del altar. Quisiera, pues, si me fuese posible, permanecer en vuestra presencia de día y de noche. Si los ángeles, ¡oh Señor!, no dejan de estar en vuestro derredor, pasmados del amor que nos tenéis, razón es que, viéndoos por mi amor en el altar, os dé gusto, a lo menos permaneciendo ante Vos y alabando el amor y la bondad que conmigo tenéis. *Delante de los ángeles os alabaré; vendré a vuestro templo a adoraros, y ensalzaré vuestro nombre por vuestra bondad y fidelidad* (Ps. 137, 1-2). ¡Oh Dios sacramentado, oh pan de los ángeles, oh sustento divino! Os amo; mas ni yo ni Vos estamos contentos de mi amor. Os amo, mas os amo muy poco; haced Vos, Jesús mío, que conozca la belleza y la bondad inmensa que amo; haced que mi corazón despida de sí to-

dos los afectos terrenos y dé todo el lugar a vuestro divino amor. Para enamorarme completamente de Vos y para uniros del todo a mí, bajáis todos los días del cielo a los altares; razón es que yo no piense más que en amaros, adoraros y daros gusto. Os amo con toda mi alma, os amo con todos mis afectos. Si me queréis pagar este amor, dadme más amor, más llamas que me impulsen a amaros siempre más, y anhelar aún más complaceros.

Jaculatoria.—Jesús, amor; dadme amor, amor.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Así como los pobres enfermos, a los que todos abandonan por sus miserias, sólo encuentran asilo en los hospitales públicos, así los más miserables pecadores, aunque de todos desamparados, no lo son de la misericordia de María, a la que, según dice San Basilio, Dios puso en el mundo como refugio y hospital

público de los pecadores. Por eso San Efrén también la llama *asilo de los pecadores*. Así, pues, Señora mía, si yo recurro a Vos, no me podéis rechazar por mis pecados; antes bien, cuanto más miserable fuere, tanta mayor razón me asiste para ser acogido bajo vuestra protección, ya que Dios os creó para refugio de los miserables. A Vos, pues, recurro, ¡oh María!; bajo vuestro manto me pongo. Sois el refugio de los pecadores; sed, pues, la esperanza de mi salvación. ¿Adónde recurriré si me rechazáis?

ORACION DE SAN ATANASIO

A Vos, ¡oh Soberana nuestra!, concede Dios toda suerte de gracias. Sois llamada por excelencia la llena de gracia, porque fuisteis colmada de ella por el Espíritu Santo, que descendió sobre Vos. Os pedimos instantemente que nos hagáis en alguna manera partícipes de los dones cuya plenitud recibisteis. Dignaos escuchar nuestros deseos y no olvidad, en el seno de vuestra misericordia, nues-

tra miseria. Que esta plenitud de gracias que rebosa en Vos se extienda hasta nosotros. Todas las naciones os llaman bienaventurada, todas las jerarquías del cielo os reverencian y bendicen, y nosotros, que somos la jerarquía que está en la tierra, nos unimos a los cánticos de los ángeles que ensalzan vuestra gloria, y os decimos: «¡Oh Reina de los ángeles y de los hombres! Recibid nuestros obsequios, escuchad nuestras plegarias, obtenednos las gracias de Dios y, sobre todo, la de amarle en el tiempo y en la eternidad.

Jaculatoria.—María, refugio mío, sálvame.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Vedme aquí, dulce Patrono mío, José, vedme aquí humildemente postrado a vuestros pies. Atento al mandato del Rey de los cielos, mi Padre bondadoso, y de la santa Iglesia católica, apostólica romana, mi cariñosa Madre, que me

dicen: «Ve a José y haz lo que él te mandare», vengo a ponerme bajo vuestro poderoso patrocinio, y a que me deis el pan de la gracia, de que tanto necesito, porque los siete pecados capitales, con quienes he vivido, me han reducido a la miseria más lastimosa. En vos confío, *como Patrón universal que sois del pueblo cristiano, administrador fiel de los tesoros celestiales*. Saciad, bondadoso, el hambre de virtudes que me consume, y no consintáis que desfallezca entre los asquerosos ídolos de los vicios que me rodean. Libradme del peligroso Egipto en que vivo esclavizado. Usad conmigo con prodigalidad del infinito tesoro de gracias que el Rey de los cielos ha puesto en vuestras manos, y de los inagotables merecimientos de nuestro Señor Jesucristo y de sus santos para sacarme, primero, del estado lastimoso de miseria en que me encuentro por mi culpa, y para hacerme, después, digno por mis virtudes de las eternas recompensas. Orad por mí, bendito Patrono de la Iglesia, y no me abandonéis.

Jaculatoria.—¡Oh Santo Protector! Haced-

me fuerte ante las contrariedades de esta vida, y conducidme por la senda de la virtud para glorificar al Señor.

Oración, pág. 26.

DECIMONONA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Dulce es hallarse en compañía del amigo querido, ¿y no nos será dulce estar, en este valle de lágrimas, en compañía del mejor amigo que tenemos, que puede darnos toda clase de bienes, que nos ama apasionadamente y por eso permanece con nosotros continuamente? En el Santísimo Sacramento podemos hablar con Jesús a nuestro gusto, abrirle nuestro corazón, exponerle nuestras necesidades y pedirle gracias; en suma, en este Sacramento podemos tratar con el Rey del cielo con entera confianza y sin encogimiento. José fue muy dichoso cuando, como testifica la Escritura, descendió Dios con su gracia a la cárcel pa-

ra consolarle. *Descendió con el en la mazmorra, y en las prisiones no lo abandonó* (Sab., 10, 13-14). Pero afortunados somos nosotros, teniendo a nuestro Dios hecho hombre, quien con su presencia real nos asiste todos los días de nuestra vida, con tanto afecto y compasión hacia nosotros. ¡Cuánto consuela al pobre encarcelado tener un amigo querido que le compadezca, le consuele, le dé esperanza, le socorra y se preocupe de consolarle en sus penalidades! Aquí tenemos a nuestro buen amigo Jesucristo, que en este Sacramento nos anima, diciendo: *He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días* (Mt., 28, 30). Aquí estoy, dice Él, todo por vosotros; bajó de propósito del cielo a esta prisión vuestra para consolaros, ayudaros y libertaros. Recibidme, entreteneos siempre conmigo; abrazaos a Mí, que así no sentiréis vuestras miserias, y después vendréis conmigo al reino donde os haré plenamente felices. ¡Oh Dios, oh amor incomprensible! Ya que os dignáis ser tan afable con nosotros, que por haceros vecino a nosotros os dignasteis ba-

jar a nuestros altares, propongo participar lo más que pueda de vuestra dulcísima presencia, que hace felices a los santos en el paraíso. Ojalá que pudiera estar siempre ante Vos para adoraros y dirigiros actos de amor! Despertad, os suplico, mi alma, si por tibieza o por ocupaciones del mundo se descuida en visitaros. Excitad en mí un gran deseo de estar siempre junto a Vos en este Sacramento. ¡Ojalá, mi amoroso Jesús, siempre os hubiera complacido! Me consuela que aún me queda tiempo de hacerlo no sólo en la otra vida, sino también en ésta. Así lo quiero hacer; quiero amaros de veras, sumo bien mío, mi amor, mi tesoro y toda mi felicidad; quiero amaros con todas mis fuerzas.

Jaculatoria.—Dios mío, ayudadme a amaros.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice el devoto Bernardino de Bustos:
«Pecador, no desconfíes, sino recurre

con seguridad a esta Señora y la encontrarás con las manos llenas de misericordia y generosidades.» «Y sabe—añade—que más desea la piadosísima Reina hacerte bien, que tú puedas desear ser por Ella socorrido.» Doy gracias siempre a Dios, ¡oh Señora mía!, porque me hizo conoceros. ¡Pobre de mí si no os hubiera conocido o si me olvidase de Vos! Mal andaría mi salvación. Pero, Madre mía, os bendigo, os amo y confío tanto en Vos, que en vuestras manos pongo toda mi alma.

ORACION DEL ABAD CELENSE

Atraedme a Vos, ¡oh Virgen santa!, para que corra tras el olor de vuestros perfumes. Atraedme, pues estoy sujeto por el peso de mis pecados y por la malicia de mis enemigos. Así como nadie va al Padre celestial, si no es atraído por Jesucristo, me atrevo a decir que ninguno va a Jesucristo, vuestro divino Hijo, si Vos no le atraéis con vuestra intercesión y con vuestras oraciones. Vos sois,

oh Virgen santa, la que, después de Dios, enseñáis la verdadera sabiduría. Vos sois la que obtenéis la conversión a los pecadores, la perseverancia a los justos, el consuelo a los afligidos, la fuerza a los débiles, la salud a los enfermos. ¡Ay!, yo estoy cargado de todas las miserias; ejercitad, pues, vuestra gran misericordia conmigo y obtenedme la gracia de curar de todos mis males. Mi gratitud por vuestros beneficios será eterna, y mientras viva no cesaré de celebrar vuestras alabanzas.

Jaculatoria.—¡Oh María, dichoso quien os conoce y en Vos confía!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué dichoso, bendito Patriarca José, qué dichoso os contemplo, gozando en esta vida de las dulcísimas prendas de vuestro amor, Jesús y María, y enteramente despegado de las pompas, vanidades y miserias del mundo, que, lejos de satisfacer las aspiraciones del alma

y los deseos del corazón, despiertan en ellos una sed cada vez más rabiosa! ¡Qué paz tan hermosa la vuestra, en compañía de Jesús y María, término de toda aspiración y objeto de toda felicidad! ¡Qué dicha, qué paz la vuestra!

En cambio, ¡qué desgraciado soy! Envolgado en los negocios del mundo, que no puede dar una paz que no tiene, olvidado de mi Jesús, Príncipe de la paz, no gozo ni un solo momento *de la hermosa paz, hija del amor* y fruto fecundo del Espíritu Santo, que convierte los hombres en ángeles y el mundo en paraíso. Haced, piadoso protector mío, que odie todo lo terreno y que sólo suspire por Jesús y por María, hasta conseguir que ellos sean el único objeto de mi pensamiento y de mis deseos, y entonces la paz celestial, que tanto anhelo, reinará en mi alma, acompañada de todas las virtudes, que harán de ella su perpetua habitación, y la tornarán preciosa y aceptable a los ojos del Señor y digna de la eterna bienaventuranza, en que consiste la suprema felicidad.

Jaculatoria.—Glorioso Patriarca: interce-

ded para que mi alma se aparte del vicio y de la ostentación y se encienda más vivamente en el amor de Dios.

Oración, pág. 26.

VIGESIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

En aquel tiempo—dice Zacarías—había una fuente perenne para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén para la ablución del pecador (Zac., 13, 1). Jesús, en el Sacramento, es esta fuente predicha por el Profeta, a todos abierta, en la cual siempre que quisiéremos podemos lavar nuestras almas de todas las manchas de los pecados que cada día cometemos. Cuando alguien cae en algún defecto, ¿qué remedio más hermoso que recurrir luego al Santísimo Sacramento? Sí, Jesús mío, así propongo hacerlo siempre, pues reconozco que las aguas de esta fuente no sólo me la-

„, sino que también me dan luz y fuerza para no caer y para sufrir con alegría las contradicciones y a la vez me inflaman en vuestro amor. Sé que con este fin esperáis a que vaya a visitaros y que recompensáis con infinitas gracias las visitas de los que os aman. Jesús mío, lavadme de cuantos defectos haya hoy cometido, de los cuales me arrepiento por haberos ofendido; dadme fuerza para no recaer, infundiéndome grandes deseos de amar. ¡Quién pudiera permanecer cerca de Vos, como lo hacía aquella vuestra sierva fiel María Díaz, que vivió en tiempo de Santa Teresa, y alcanzó licencia del obispo de Avila para habitar en la tribuna de una iglesia, donde estaba casi todo el día ante el Santísimo Sacramento, a quien llamaba su vecino, sin apartarse de allí sino para ir a confesarse y comulgar! El venerable fray Francisco del Niño Jesús, carmelita descalzo, pasando ante iglesias donde estaba el Sacramento, no podía menos de entrar a visitarlo, alegando que no es cortés que el amigo pase ante la casa del amigo sin entrar, al

menos, a saludarlo y decirle unas palabras. Pero él no se contentaba con unas palabras, sino que permanecía cuanto le era dable ante su amado Señor.

¡Oh único e infinito bien mío!, veo que instituisteis este Sacramento y que dais en él sobre el altar para que os ame, y para ello me habéis dado corazón capaz de amaros mucho. Mas yo, ingrato, ¿por qué os amo u os amo tan poco? No, no es justo que sea amada tan poco una bondad como la vuestra. Al menos, el amor que me tenéis merece de mí un amor muy distinto. Sois un Dios infinito y yo un vil gusanillo. Poco sería morir por Vos, y por Vos me consumiera, que disteis la vida por mí, y os quedasteis por mí en el Sacramento, y cada día os sacrificáis en los altares por mí. Merecéis ser amado con todas las fuerzas, y así quiero hacerlo yo. Ayudadme, Jesús mío, ayudadme a amaros y a hacer lo que tanto os place y tanto deseáis de mí.

Jaculatoria.—Mi amado es mío y yo de Él
(Cant., 2, 16).

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Reina mía dulcísima, piadosísima, amabilísima, ¡cuando a Vos recurro, qué hermosa confianza me inspira San Bernardo! Dice que no examináis los merecimientos de los que recurren a vuestra compasión, sino que os ofrecéis a ayudar a cuantos os invocan. De modo que si yo os suplico, me escucháis benigna. Escuchad, pues, lo que os pido. Soy un pobre pecador, merecedor de mil infiernos. Quiero cambiar de vida. Quiero amar a mi Dios, a quien tanto ofendí. Me consagro a Vos por esclavo; a Vos me rindo, miserable como soy. Salvad, por favor, a quien ya es vuestro y no suyo. Señora mía, ¿me habéis oído? Espero que me habréis oído y atendido.

ORACION DEL MISMO
ABAD CELENSE

¡Oh dulcísima y santísima Virgen!, Vos hallasteis gracia ante el Señor, pues fuisteis preservada de la mancha del

pecado original y llena de los dones del Espíritu Santo. Vos tenéis el tesoro de las gracias no solamente para Vos, sino también para nosotros, a fin de que nos asistáis en todas nuestras necesidades. Vos no cesáis, en efecto, de hacerlo; socorréis a los buenos, manteniéndolos en la gracia; socorréis a los malos, preparándolos a recibir la divina misericordia; ayudáis a los moribundos, defendiéndolos de las asechanzas del demonio, los amparáis incluso después de la muerte, recibiendo sus almas y presentándolas a vuestro divino Hijo, y, finalmente, llevándolas al reino celestial de los bienaventurados. Espero de vuestra bondad, oh tierna Madre, que os dignaréis concederme estas gracias, por las cuales os bendeciré por toda la eternidad.

Jaculatoria.—¡Oh María!, tuyo soy, socórreme.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Si queréis ser perfecto, me dice con la palabra y con el ejemplo mi divino Maestro Jesús, despójate de cuanto posees y ven y sígueme por el camino de la *pobreza voluntaria, de la pureza de corazón y del sacrificio de tu propia voluntad*. Consejo sublime, como dado y practicado por la sabiduría infinita, pero que yo no he seguido nunca, porque no he tenido valor para resistir a los ejemplos del mundo, a las tentaciones del demonio y al imperio de mi propia voluntad.

He aquí, glorioso Patriarca José, mi generoso protector, la causa de todas mis desgracias, cuyo remedio vengo a pedir hoy, porque quiero, como Vos, seguir a mi amado Jesús por el único camino que conduce al cielo. No me desamparéis, antes bien, conseguidme del que todo lo dio por mí, hasta su preciosa vida, que de tal manera le ame a Él solo, que renuncie por completo a todo lo terreno, especialmente a mi pro-

pia voluntad, mi mayor enemigo, de manera que, no poseyendo nada en este mundo, adquiriera el derecho al reino de los cielos, prometido en las bienaventuranzas a los que todo lo desprecian por Dios. Hacedme comprender que todo lo posee el que tiene a Jesús, y que nada valen sin su gracia todos los tesoros del mundo; que debo ser pobre en la tierra para ser rico en el cielo.

Jaculatoria.—Santo Patriarca, alcanzadme la total resignación, humildad y pobreza, con la gracia de reverenciar siempre los designios del Todopoderoso.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOPRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Donde estuviere el cuerpo, allí se reunirán también las águilas (Luc., 17, 37). Por este Cuerpo entienden comúnmente los santos el de Jesucristo, y por águilas, las almas desprendidas que, a

modo de águilas, se elevan sobre las cosas terrenas y vuelan hacia el cielo, por el que siempre suspiran con sus pensamientos y afectos, en el que hacen perpetua morada. Estas águilas de la tierra encuentran el paraíso donde encuentran a Jesús Sacramentado, de modo que no parecen saciarse de estar junto a Él. Si las águilas, dice San Jerónimo, cuando perciben el olor de un cuerpo muerto, acuden desde lejos a buscarlo, ¡cuánto más obligados estaremos nosotros a correr y aun volar hacia Jesús en el Santísimo Sacramento, como al más regalado cebo de nuestros corazones! Por esto los santos, en este valle de lágrimas, corrieron siempre como ciervos sedientos a esta fuente del paraíso. El padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesús, en cualquier ocupación en que se hallase, levantaba a menudo los ojos a mirar hacia donde sabía que estaba el Sacramento, visitábalo muchas veces, y a veces pasaba con Él noches enteras. Lamentábase de ver llenos de gente los palacios de los grandes para hacer la corte a un hombre de

quien esperan un mísero bien, al mismo tiempo que las iglesias, donde habita el supremo Príncipe del mundo, que está con nosotros en la tierra como en trono de amor, rico de bienes inmensos y eternos, se hallan casi desiertas. Y decía que era grande la dicha de los religiosos, pues en sus mismas casas, a cualquier hora, de día y de noche, siempre que lo desearan, pueden visitar a este excelso Señor en el Santísimo Sacramento, cosa que no es dado hacer a los seglares.

Señor mío amantísimo, ya que con tanta bondad, a pesar de verme tan sucio y tan ingrato a vuestro amor, me invitáis a que me acerque a Vos, no quiero desanimarme a vista de mis miserias; a Vos vengo y a Vos me acerco; cambiadme completamente; arrojad de mí todo amor que a Vos no se dirija, todo deseo que no os agrade, todo pensamiento que no tienda a Vos. Jesús mío, tesoro mío, amor mío, quiero dar contento a Vos, sólo a Vos quiero agradar. Sólo Vos merecéis todo mi amor, sólo a Vos quiero amar con todo mi corazón. Separadme de todo, Señor mío, y unid-

me solamente a Vos; pero de suerte que jamás me separe de Vos ni en ésta ni en la otra vida.

Jaculatoria.—Jesús mío dulcísimo, no permitas que me aparte de Vos.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dionisio Cartujano llama a la Santísima Virgen «abogada de cuantos pecadores acuden a Ella». Pues ya que Vos, excelsa Madre de Dios, tenéis el oficio de defender las causas de los reos más delincuentes que se os encomiendan, vedme hoy a vuestros pies; a Vos recurro y os digo con Santo Tomás de Villanueva: Ea, pues, Abogada nuestra, haced vuestro oficio. Haced vuestro oficio, encargándoos de mi causa. Ciertó que fui reo ante mi Señor con tantas ofensas, después de tantos beneficios y gracias como me concedió; pero el mal ya está hecho y Vos me podéis salvar; basta que digáis a vuestro Dios que me defendéis, y seré perdonado y salvo.

ORACION DE SAN GUILLERMO, OBISPO DE PARIS

Me dirijo a Vos, oh Madre de mi Dios, a quien toda la Iglesia llama Madre de misericordia. ¿Podríais rehusar vuestra asistencia a los pecadores, Vos, cuya oración es siempre agradable a Dios y nunca es desatendida? ¿Con cuánta razón San Bernardo permite que no se vuelva a hablar de vuestra misericordia, si alguna vez se hallare alguien que, habiéndooos invocado en la necesidad, no huibiese experimentado vuestro socorro! No me negaréis, pues, vuestra protección, oh Madre de gracia. Estoy seguro que pediréis por mí con más solicitud y ardor de lo que yo mismo podría hacer, y que me obtendréis gracias más grandes de lo que yo osaría pedir. ¿Podría vuestra bondad, que jamás ha faltado a nadie, abandonarme en los continuos peligros de perderme para siempre en que me encuentro? No, no me abandonéis, y jamás se dirá que he implorado en vano vuestro favor.

Jaculatoria.—Querida Madre mía, Vos me tenéis que salvar.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Qué verdad es, prudentísimo José, que el que ama el peligro perecerá en él, y que un abismo conduce a otro abismo! Por no tener presentes estas divinas máximas y vivir confiado en mis propias fuerzas, como si el hombre pudiera por sí y sin el auxilio de la gracia elevarse desde el mundo de lo limitado al mundo de lo infinito, me he precipitado más de una vez en el abismo de la culpa, y en vez de levantarme escarmentado y corregido, me he hundido más y más en el lodo del vicio. ¡De qué diferente manera obrasteis vos durante vuestra santa vida! Obediente a las inspiraciones de la gracia y desconfiado de las propias fuerzas, os alejasteis inmediatamente del peligro sin reparar en sacrificios, trasladando desde Belén a Egipto el precioso tesoro que se os ha-

bía confiado, sin que os arredrasen los peligros del desierto, y sin reparar en que allí los encontraríais mayores, y quizá, Dios, en recompensa, os libra de todos. Alcanzadme del divino Jesús la gracia *de huir inmediatamente de los enemigos de mi alma*, que quieren perderla para siempre, y en premio de mi fortaleza me concederá también el don de la perseverancia hasta la muerte, con lo que lograré salir del corrompido Egipto de este mundo, puro de toda mancha de pecado, para gozar con Él, con María y con vos de las delicias eternas en el cielo.

Jaculatoria. — Gloriosísimo Patriarca, comunicadme vuestra prudencia y obtenedme el perdón de mis ofensas.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEGUNDA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Andaba la Esposa de los sagrados Cantares buscando a su Amado, y, no hallándolo, preguntaba: *¿Habéis, por ventura, visto al que ama mi alma?* (Cant. 3, 3). Entonces no estaba Jesús en la tierra. Mas ahora, si un alma amante de Jesús lo busca, siempre lo halla en el Santísimo Sacramento. Decía el beato padre Maestro Avila que entre todos los santuarios, ninguno sabría encontrar ni desear santuario más amable que una iglesia donde está el Santísimo Sacramento.

¡Oh amor infinito de mi Dios, digno de infinito amor! ¿Cómo pudisteis llegar, Jesús mío, a abatiros tanto, que para poder recrearos con los hombres y uniros a sus corazones os humillasteis hasta esconderos bajo las especies de pan? ¡Oh Verbo encarnado!, extremado

fuisteis en la humillación, porque fuisteis extremado en el amor ¿Cómo podré yo no amaros con todo mi ser, sabiendo cuánto habéis hecho por cautivar mi amor? Os amo mucho y por eso antepongo vuestro beneplácito a todo interés mío, a toda satisfacción propia. Mi gusto es daros gusto en todo, Jesús mío, Dios mío, amor mío y mi todo. Encended, Señor, en mí un ardiente deseo de estar de continuo delante de Vos sacramentado, de recibiros y de haceros compañía. Ingrato sería si no aceptara tan dulce y cortés invitación. ¡Ah Señor!, destruid en mí todo afecto a las cosas creadas; Vos, creador mío, queréis ser el único blanco de todos mis suspiros y de todo mi amor. Os amo, bondad amabilísima de mi Dios. No os pido más que a Vos mismo. No quiero mis contentos; quiero y me basta el contento vuestro. Aceptad, Jesús mío, este buen deseo de un pecador que os quiere amar. Ayudadme Vos con vuestra gracia, y haced que yo, miserable esclavo del infierno, sea desde hoy feliz esclavo de vuestro amor.

Jaculatoria.—Oñ amo, Jesús mío, bien mío, sobre todo bien.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dulcísima Señora y Madre mía, soy un vil rebelde a vuestro excelso Hijo, pero acudo arrepentido a vuestra misericordia para que me obtengáis perdón. No me digáis que no podéis, pues San Bernardo os llama la *ministra del perdón*. A Vos también toca ayudar a los que están en peligro, pues San Efrén os llama *auxilio de los que peligran*. Señora mía, ¿quién está en mayor peligro que yo? Perdí a mi Dios; cierto que fui condenado al infierno; aún no sé si Dios me ha perdonado, y puedo aún volver a perderlo. Vos podéis alcanzarme todo y de Vos espero todo bien, el perdón, la perseverancia, el paraíso. Espero ser uno de los que en el reino de los bienaventurados ensalcen más vuestras misericordias, ¡oh María!, salvándome por vuestra intercesión.

ORACION DEL MISMO SAN GUILLERMO, OBISPO DE PARIS

¡Oh divina Madre! Vuestra bondad no ha rechazado jamás a ningún pecador que a Vos hubiera recurrido, por grandes que fueran sus pecados. No en vano la Iglesia os llama refugio de los desdichados. ¡Ah!, que no se diga que mis crímenes me han cerrado la puerta de vuestro corazón y os impiden interceder por mí delante de Dios. Vos sois la mediadora de la paz, la sólida esperanza, el asilo seguro de todos los desdichados, y siempre se dirá que la Madre de misericordia por excelencia presta su ayuda a todos los míseros que la invocan. Por este título acudo confiadamente a Vos. Dejaos, pues, ablandar en favor mío, por esa gran misericordia vuestra que sobrepasa infinitamente a mis pecados, por grandes y multiplicados que hayan podido ser.

Jaculatoria.—Cantaré eternamente las misericordias de María, eternamente las cantaré. Amén, amén.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Una de las causas, quizá la principal, de mis continuas caídas en el pecado, es, glorioso Patriarca José, mi criminal indiferencia por todo lo que se refiere al servicio de Dios y a la salvación de mi alma, mi falta de asistencia al santo templo, *mi escasa o ninguna devoción*, cuyo remedio vengo a pedir hoy a mi Señor Jesucristo por vuestra poderosa mediación. No me neguéis esta gracia vos, que fuisteis modelo perfecto de devoción; vos, que os apresurasteis a correr al templo, en cumplimiento de la ley, a presentar y ofrecer al Eterno Padre el precio de la redención del mundo, el divino Jesús. ¡Qué ejemplo tan elocuente de sumisa devoción! Pedid, os lo suplico humildemente, pedid al amantísimo Jesús que encienda en mi alma la llama de la devoción que consumía la vuestra, y que así como a vos os declaró sus inefables misterios por medio del anciano Simeón y de la profetisa Ana, causándoos a la vez un dolor profundí-

simo por la Pasión de Jesucristo y una alegría inefable por la redención del mundo, hiera mi corazón con el dolor de haberlo ofendido y con la alegre esperanza del perdón. Conseguidme la gracia de estar de día y de noche en el templo postrado a los pies de Jesucristo, llorando amargamente mi negra ingratitud y alabando y publicando su infinita misericordia.

Jaculatoria.—¡Oh gloriosísimo San José! Infundid en mi corazón sentimientos de piedad y devoción.

Oración. pág. 26.

VIGESIMOTERCERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Se imponen grandes fatigas y se exponen a muchos peligros los cristianos que visitan los lugares de Tierra Santa, en que nuestro Salvador amantísimo nació, padeció y murió. Nosotros no tene-

mos necesidad de emprender tan largo viaje ni de exponernos a tantos peligros; cerca de nosotros está el mismo Señor que habita en la iglesia, a pocos pasos de nuestras casas. Si los peregrinos, dice San Paulino, tienen por gran ventura traer de los Santos Lugares un poco de tierra del pesebre o del sepulcro donde fue sepultado Jesús, ¡con qué ardor deberemos visitar al Santísimo Sacramento, donde está en persona el mismo Jesús, sin que tengamos que exponernos a tantos peligros! Una persona religiosa a quien Dios infundió gran amor al Santísimo Sacramento escribía en una carta, entre otros, estos afectos: «Veo que todo mi bien y mi conversión proceden de Él, y que pertenezco a la gloria de Dios en el Santo Sacramento, a quien me he dado, dedicado y consagrado por completo... Veo que hay innumerables gracias, que no se conceden, porque no se acude a nuestro Señor en este divino misterio, y veo también el gran deseo que tiene de comunicarse y glorificar abundantemente a la Santísima Trinidad. ¡Cuán grande eres, santo y sa-

grado misterio! ¡Sagrada Hostia, cuantas maravillas encierras! En esta Hostia nos hace patente Dios su poder, ya que en ella encierra cuanto ha hecho... No tenemos por qué envidiar a los bienaventurados, aun cuando poseen a nuestro Señor en el cielo, pues nosotros lo poseemos también verdaderamente en la tierra, en el Santísimo Sacramento, donde nos muestra, según me parece, mayores maravillas de su poder y de su amor... Procurad que todos aquellos a quienes habléis se consagren de nuevo al Santísimo Sacramento, y perdonad que hable así, porque este Sacramento me saca fuera de mí y no puedo menos de hablar de Él y nombrar al Santísimo Sacramento, con quien me unen tantas obligaciones y que tanto merece ser amado. No sé qué más decir, pero me parece que me complaceréis.» Así termina la carta.

¡Oh serafines, que estáis dulcemente ardiendo de amor en torno a vuestro Señor y a mi Señor, y que, sin embargo, no por vuestro amor, sino por el mío, ha querido este Rey del cielo quedar

en este Sacramento. Permitid, ángeles amantes, que me abrase en su amor, y comunicadme el vuestro, para que en vuestra compañía yo también arda amorosamente. Jesús mío, haced que yo conozca la grandeza del amor que tenéis a los hombres, para que, a vista de tanto amor, se aumente cada vez en mí el deseo de amaros y complaceros. Os amo, Señor amabilísimo, y quiero amaros siempre con el solo fin de agradaros.

Jaculatoria.—Jesús mío, creo en Vos, en Vos espero, os amo y a Vos me entrego.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Amabilísima Virgen, San Buenaventura os llama *Madre de los huérfanos*, y San Ffrén, *Amparadora de los huérfanos*. ¡Ah!, que estos miserables huérfanos no son más que los pobres pecadores que perdieron a Dios. A Vos, pues, recurro, María Santísima; perdí a mi Padre; pero Vos sois mi Madre, y haréis que vuelva a encontrarlo. En tama-

ña desgracia mía, os llamo en mi ayuda para que me socorráis. ¿Quedaré desconsolado? No; me dice de Vos Inocencio III: «¿Quién la invocó y no fue atendido por Ella?» ¿Y quién ha orado ante Vos sin haber sido oído y favorablemente despachado? ¿Quién se perdió que hubiera a Vos recurrido? Sólo se pierde quien a Vos no acude. Así, pues, Reina mía, si me queréis salvar, dadme la gracia de invocaros siempre y confiar en Vos.

ORACION SACADA DE SAN AGUSTIN Y SAN BERNARDO

Si deseamos sinceramente gracias, busquémoslas por medio de María, porque Ella obtiene todo lo que pide, y sus peticiones no pueden ser rechazadas.

Acordaos, ¡oh María!, que jamás se ha oído decir de Vos en el mundo que ninguno de los que han reclamado vuestra protección haya sido desamparado de Vos.

¡Oh Madre de Dios! Vos rogáis por todos y principalmente por los pecadores. Dignaos, pues, pedir también por mí, pecador más grande que todos los demás, y por ello mismo más necesitado de vuestra compasión. Vos veis la urgente necesidad que tengo de vuestra intercesión. Interesaos, pues, por mí ante el Señor; obtenedme la gracia de una sincera conversión y de la santa perseverancia hasta la muerte.

Jaculatoria.—María mía, dadme confianza en Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Dice el venerable Granada, y es doctrina común de los maestros de la vida espiritual, que no hay verdadera virtud sin mortificación; y preguntado un santo anacoreta cómo había conseguido llegar a muy alta perfección, respondió: «Mortificando mi carne y no haciendo jamás mi voluntad.»

¡Desgraciado de mí! ¿Y pretendo yo

ser virtuoso, y aun perfecto, sin mortificar mi carne, que es una bestia asquerosa que no anhela más que revolcarse en el lodo de la sensualidad, y sin contrariar en lo más mínimo mi voluntad, enteramente opuesta a la voluntad de Dios? Compadeceos de mí, bondadoso Patriarca San José, y alcanzadme de Jesús *el espíritu de la mortificación*, en la cual debo ser purificado como el oro en el fuego para hacerme digno de Él.

¡Él, obediente y mortificado hasta enclavar en la cruz su voluntad y su carne santísima, y yo tan voluntarioso y tan amigo de los placeres!... ¿Y no me avergüenzo de llevar el nombre de cristiano, un nombre tan santo que es en mí un cruel sarcasmo? Por piedad, protector mío, no permitáis que me separe de Jesús, en cuya presencia estoy, sin que me conceda el espíritu de mortificación, indispensable para marchar sin tropiezos por el camino de la virtud, único que conduce a la perfección a que aspiro llegar con vuestro poderoso patrocinio.

Jaculatoria.—¡Oh pacientísimo San José!

Haced germinar en mi corazón los sentimientos de la hermosa virtud de la mortificación.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOCUARTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Vos sois verdaderamente Dios escondido (Is., 45, 15). En ninguna otra obra del amor divino se verifican tanto estas palabras como en este misterio adorable del Santísimo Sacramento, donde Dios está del todo escondido. En la Encarnación ocultó el Verbo eterno su divinidad y apareció en la tierra hecho hombre; pero al quedarse con nosotros en este Sacramento, Jesús esconde también su humanidad, y sólo descubre, dice San Bernardo, la apariencia de pan, para demostrarnos la ternura de amor que nos tiene. Se oculta la divinidad, se oculta la humanidad, y sólo quedan patentes

las entrañas de la caridad. Amado Redentor mío, a vista del exceso de amor que tenéis a los hombres, quedo fuera de mí y no sé qué decir. Vos, en este Sacramento, llegáis por su amor a esconder vuestra majestad y abatir vuestra gloria y destruir y anonadar vuestra vida divina, y mientras estáis en los altares se diría que no tenéis otro oficio que el de amar a los hombres y manifestarles el amor que les tenéis. Y ellos, ¿cómo os lo agradecen, excelso Hijo de Dios? ¡Oh Jesús, oh amante (dejádmelo decir) excesivamente apasionado de los hombres, pues veo que anteponéis su bien a vuestra propia honra! ¿No sabíais los desprecios a que habíais de exponeros por este amoroso designio vuestro? Veo, y mucho antes lo visteis Vos, que la mayor parte de los hombres no os adoran ni os quieren reconocer por lo que sois en este Sacramento. Sé que muchas veces estos mismos hombres han llegado a pisotear las hostias consagradas y arrojarlas por tierra, al agua o al fuego; veo más: que la mayoría, hasta de los que en Vos creen, en vez de repa-

rar tantos ultrajes con sus obsequios, vienen, ¡oh Dios!, a las iglesias a disgustaros más con sus irreverencias, u os dejan abandonado en los altares, privado a veces hasta de luces y de los ornamentos necesarios.

¡Ah, si pudiese, dulcísimo Salvador, lavar con mis lágrimas, y aun con mi sangre, aquellos infelices lugares en que fue tan ultrajado este Sacramento de vuestro amor y vuestro enamorado Corazón! Mas si tanto no se me concede, a lo menos, deseo, Señor mío, y propongo visitaros a menudo para adoraros, como hoy os adoro, en reparación de los ultrajes que recibís de los hombres en este divinísimo misterio. Aceptad, Padre Eterno, este corto obsequio que en desagravio de las injurias hechas a vuestro Hijo sacramentado hoy os tributa el más miserable de los hombres, que soy yo. Aceptadlo, en unión de aquel honor infinito que Jesucristo os dio en la cruz y continuamente os da en el Santísimo Sacramento. ¡Ojalá yo pudiera conseguir, Jesús mío sacramentado, que to-

dos los hombres se enamoraran del Santísimo Sacramento!

Jaculatoria.— ¡Oh amable Jesús!, haced que todos os conozcan y os amen.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Señora mía poderosísima, en los temores de mi eterna salvación, ¡cuánta confianza siento al acudir a Vos y al pensar que sois, Madre mía, por una parte, tan rica de gracias, que San Juan Damasceno os llama *piélago de las gracias*; San Buenaventura, *fuelle donde confluyen todas las gracias*; San Efrén, *fuelle de gracia y de todo consuelo*; San Bernardo, *plenitud de todo bien*; y, por otra, al pensar que sois tan inclinada a hacer bien, que, como dice San Buenaventura, os juzgáis ofendida por quienes no os piden gracias. ¡Oh riquísima, oh sapientísima y clementísima Reina!, que mejor que yo conocéis Vos las necesidades de mi alma y que me amáis más de lo que yo mismo puedo amarme.

¿Sabéis, pues, qué gracia os pido hoy? La que conozcáis qué conviene mejor a mi alma; pedidla a Dios para mí, y quedaré contento.

ORACION SACADA DE DIVERSOS SANTOS PADRES

Vayamos con confianza al trono de la gracia para obtener la misericordia en el tiempo de la necesidad apremiante. Este trono de gracia, dice San Antonino, sois Vos, ¡oh divina María!, por cuyas manos el Señor dispensa todas las gracias.

¡Oh Madre de gracia por excelencia! Vos deseáis ayudar a los desgraciados y a los pecadores; he aquí uno a vuestros pies, que recurre a Vos en el exceso de su miseria y de su indigencia. Ayudadme prontamente, ayudadme, porque mi necesidad es extrema. Gran gloria de vuestra misericordia será salvar por vuestra intercesión a un pecador que mil veces ha merecido el infierno. Vuestro

poder ante vuestro divino Hijo es inmenso. Vos podéis obtenerme la gracia de llegar a ser santo por gran pecador que haya sido. Hacedlo por el amor que tenéis a vuestro Hijo adorable y por la compasión que tenéis a los afligidos. Yo os diré sin cesar con San Bernardo: Vos sois mi recurso, y después de Dios, toda mi esperanza.

Jaculatoria.—Dios mío, concededme las gracias que María os pida para mí.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Bendito seáis, glorioso Patriarca San José, bendito seáis. En vos encuentro remedio eficaz para todos mis males, viéndoos practicar sin dificultad todas las virtudes y evitar valerosamente todos los escollos en que yo tan fácilmente tropiezo. Bendito seáis, porque en cada acto de vuestra vida me dais un motivo para avergonzarme de mí mismo. Yo para todo lo bueno encuentro pretextos, que bien pronto convierto en

obstáculos invencibles, mientras que encuentro disculpable y hasta lícito todo lo malo por no privarme del más pequeño gusto. Vos, por el contrario, siempre estáis dispuesto a practicar el bien, y nunca jamás os vence el error, ni os sorprende la duda. ¿En qué consiste esto? ¡Ay! ¡Ya lo sé! Es que vos no tenéis más voluntad que la voluntad de Dios, con quien estáis por el amor enteramente identificado, y Dios no puede consentir que seáis víctima del error, ni aun de la duda. Es que yo he divinizado mi voluntad declarándome su esclavo, y como es ciega, me precipito con ella en el abismo de todos los males. Detened, por piedad, mis pasos, mi gloriosísimo Patrono, y salvadme, alcanzándome la gracia de renunciar por completo a mi voluntad, *conformándome en absoluto con la de Dios*, sin lo cual serán inútiles todos mis esfuerzos y segura mi perdición.

Jaculatoria.—Alcanzadme, amantísimo San José, que viva resignado en íntima amistad y conformidad con la voluntad de Dios.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOQUINTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Alaba San Pablo la obediencia de Jesucristo diciendo que obedeció al Padre hasta la muerte. Mas en este Sacramento pasó más allá, porque aquí quiso quedar obediente no sólo al Padre Eterno, y no sólo hasta la muerte, sino hasta el fin del mundo. Pudiéramos decir: hecho obediente hasta la consumación de los siglos. El Rey del cielo baja de él por obediencia al hombre: *Pero Yo no me resisto* (Is., 50, 5). Allí está, sin moverse, por Sí mismo; déjase poner donde le pongan: o expuesto en la custodia o encerrado en el sagrario; déjase llevar donde le lleven, por las casas o por las calles; déjase dar en comunión a quien lo den, sea justo o pecador. Mientras vivió en la tierra, dice San Lucas que obedeció a María Santísima y a San José; pero en este Sacramento

obedece a tantas criaturas como sacerdotes hay en el mundo. *Pero Yo no me resisto.*

Permitidme que hoy hable con Vos, Corazón amantísimo de mi Jesús, del cual salieron todos los Sacramentos, y principalmente este Sacramento de amor. Quisiera glorificaros y honraros cuanto Vos honráis y glorificáis en nuestras iglesias al Eterno Padre. Reconozco que en este altar me estáis amando con el mismo amor con que me amasteis cuando en la cruz consumasteis vuestra divina vida, entre tantas amarguras. Iluminad, ¡oh Corazón divino!, a los que no os conocen para que os conozcan. Librad con vuestros merecimientos, o, a lo menos, aliviad en el purgatorio a aquellas almas afligidas que son ya vuestras eternas esposas. Os adoro, os doy gracias y os amo con cuantas almas en esta hora os están amando en la tierra y en el cielo. Purificad, Corazón purísimo, el pobre corazón mío de todo apego a las criaturas, y llenadlo de vuestro santo amor. Poseed, Corazón dulcísimo, todo mi co-

razón, de tal modo que de hoy en adelante sea todo para Vos, y pueda decir siempre: *¿Quién me apartará del amor de Cristo?* (Rom., 8, 35). Grabad, Corazón santísimo, sobre mi corazón las tan amargas ansiedades que por tantos años sufristeis en la tierra, con tanto amor, por mí, para que a su vista anhele de hoy en adelante, o al menos sobrelleve con paciencia por vuestro amor, todas las penalidades de esta vida. Corazón humildísimo de Jesús: comunicadme parte de vuestra humildad. Corazón mansísimo: comunicadme vuestra mansedumbre. Quitad de mi corazón todo lo que os desagrade. Convertidlo todo a Vos, para que no quiera ni desee sino lo que Vos quisiereis. Haced, finalmente, que yo viva sólo para obedeceros, sólo para amaros, sólo para complaceros. Reconozco lo mucho que os debo y lo mucho que me tenéis obligado, y que aún haría poco en deshacerme y consumirme por Vos.

Jaculatoria.—¡Oh Corazón de Jesús!, sois el único Señor de mi corazón.

Comunión espiritual. pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo dice que María es el arca celestial, en la que con certeza nos libraremos del naufragio de la eterna condenación si con tiempo nos refugiamos en Ella. También fue figura de María el arca en que Noé se salvó del diluvio universal. Pero dice Esiquio que María es arca aún más grande, más fuerte y más comprensiva. Pocos fueron los hombres y animales que aquélla recibió y salvó; pero nuestra Salvadora recibe a cuantos se refugian bajo su manto, y a todos los salva con seguridad. ¡Pobres de nosotros si no tuviéramos a María! Pero, ¡cuántos, Reina mía, se pierden! ¿Por qué? Porque no recurren a Vos. ¿Quién se perdería si recurriese a Vos?

Jaculatoria.—María Santísima, haced que todos recurran siempre a Vos.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Dice San José de Calasanz que nada pidió a Dios por medio de la santísima Virgen María, de quien era devotísimo, que no le fuera concedido; y Santa Teresa de Jesús, devotísima del esposo castísimo de la Virgen, dice a su vez que nada la negó Jesús por intercesión del Patriarca San José, y ambos santos fundadores aconsejan a sus hijos respectivos una devoción sin límites a María y a José, llegando en su piadosa confianza a considerar como predestinados a los devotos de José y de María, que no pueden consentir que se pierdan eternamente los que en ellos confían. ¡Oh bendito Patriarca José! Y yo, que sé todo, ¿vivo olvidado de vos y de María? ¿Y dejo pasar el tiempo, y espero la muerte, y con ella mi perdición eterna, sin volver mi corazón a vos y a María para que intercedáis por mí, consiguiéndome el perdón de Jesús? No lo consintáis por más tiempo.

Haced que mi corazón se aficione a

María y a vos de tal suerte, que sólo ame a Jesús como vos y María. Así me haré digno de vuestro cariño y de vuestra poderosa protección, cuando por el pecado tenga la desgracia de ofender a vuestro Hijo Santísimo. Concededme, piadosísimo José, *la gracia de ser devoto de María y de vos*, y viviré seguro de que no me faltará vuestro valimiento, ni durante la vida ni en la hora de la muerte.

Jaculatoria.—¡Oh santo amado! Protegedme. ¡Oh piadosa, oh dulce Virgen María! Hacedme devoto de Vos y de vuestro castísimo esposo.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEXTA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Exultad y aclamad, moradores de Sión, pues grande es en medio vuestro el Santo de Israeal (Isaías, 12, 6). ¡Oh Dios, y qué consuelo deberíamos tener

los hombres, qué esperanzas y qué afectos, sabiendo que en medio de nuestra patria, en nuestras iglesias, vecino a nuestras casas, habita y vive en el Santísimo Sacramento del altar el Santo de los santos, el verdadero Dios, que es el mismo amor! No tan sólo tiene amor, sino Él mismo lo es, dice San Bernardo. Este Sacramento no sólo es Sacramento de amor, sino que es el mismo amor, el mismo Dios, que por el inmenso amor que tiene a sus criaturas se dice y es el mismo amor: *Dios es amor* (I Jo., 4, 16). Mas oigo que os lamentáis, Jesús mío sacramentado, diciendo: *Peregrino era y no me hospedasteis* (Mt., 25, 43). Vinisteis a ser nuestro huésped en el mundo por nuestro bien, y no os recibimos. Tenéis razón, Señor, tenéis razón; yo soy también uno de estos ingratos que os dejó solo, sin venir siquiera a visitaros. Castigadme como quisiereis, mas no con el castigo que merecía de verme privado de vuestra presencia; no, que quiero enmendar mi grosería y las desatenciones que con Vos he tenido. Quiero, de hoy en adelante, no sólo visi-

taros a menudo, sino detenerme con Vos cuanto pudiere. ¡Oh piadosísimo Salvador!, haced que os sea fiel y que inflame con mi ejemplo a los demás a haceros compañía en el Santísimo Sacramento. Oigo decir al Padre Eterno: *Este es mi Hijo muy amado, en quien me complazco* (Mt., 17, 5). De modo que mi Dios halla en Vos sus complacencias, ¿y no las hallaré yo, miserable gusanillo, de estar en vuestra compañía en este valle de lágrimas? ¡Oh fuego consumidor!, destruid en mí todos los afectos a las cosas creadas, porque sólo ellas me pueden hacer infiel y separarme de Vos. Vos lo podéis hacer si queréis: *Señor, si quieres, puedes limpiarme* (Mt., 8, 2). Ya que tanto hicisteis por mí, haced también esto: echad de mi corazón todo amor que no tienda a Vos. Mirad que me doy por completo a Vos y desde hoy consagro cuanto me restare de vida al amor del Santísimo Sacramento. Vos, Jesús mío Sacramentado, habéis de ser mi consuelo y mi amor en la vida y en la hora de la muerte, cuando vengáis a

servirme de Viático y conductor hacia vuestro dichoso reino.

Jaculatoria. — ¿Cuándo, Jesús mío, veré vuestro hermoso rostro?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

En Vos, santísima Madre nuestra, hallaremos el remedio en todos nuestros males; en Vos, el sostén de nuestra flaqueza, como os dice San Germán; en Vos hallaremos la puerta para salir de la esclavitud del pecado, como os dice San Buenaventura; en Vos encontraremos, añade el santo, nuestra segura paz; en Vos, el auxilio en las miserias de la vida, según San Lorenzo Justiniano. En Vos, finalmente, hallamos la gracia divina y a Dios mismo, pues San Buenaventura os llama trono de la gracia de Dios, y Proclo, puente por el cual Dios baja a los hombres; feliz puente, por el que Dios, alejado por nuestras culpas,

pasa luego a habitar en nuestras almas con su gracia.

Jaculatoria.—¡Oh María, sois mi fortaleza, mi libertad, mi paz y mi salvación!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Decía el apóstol San Pablo, cuando empezó a conocer el tesoro de la verdad, de gracia y de gloria que se encierra en Jesús, que no quería saber otra cosa que a Jesús, y a Jesús crucificado, y rogaba al Señor que se hiciese conocer de todos los cristianos para que no amasen más que a Él y en Él solo viviesen por la caridad, convencidos de que, conociendo a Jesús, no amarían, como Él, más que a Jesús. ¡Oh bendito Patriarca José, y qué lejos estoy yo de abrigar los sublimes deseos del apóstol, deseos comunes a todos los patriarcas y profetas, que no pensaban en otra cosa, exclamando: *Lloved, cielos, al Justo; ábrase la tierra y aparezca el Salvador!* Y es que aunque está muy cerca de mí y me lla-

ma cariñosamente, y me brinda con su cariño, no lo veo ni lo amo. Despertad, piadoso protector mío, en mi corazón un *deseo vehementísimo de conocer a Jesús*, para que venga a mi alma y la inunde de gracia, y despierte en ella un amor tan intenso, que nunca pueda vivir sin Jesús. ¡Qué dichoso sería yo si, como vos, tuviera siempre a Jesús en mi compañía y escuchara sus divinas inspiraciones y gozara de sus celestiales caricias! Haced que conozca a Jesús para que siempre ame a Jesús y nunca jamás me separe de Jesús.

Jaculatoria.—Haced, ¡oh bendito José!, que mi alma se deleite en el amor de Dios y en el deseo de conocerle.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOSEPTIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Canta la santa Iglesia en el Oficio del Santísimo Sacramento: *No hay nación tan grande que tenga los dioses tan cerca de sí, como está junto a nosotros nuestro Dios.* Cuando los gentiles oían las obras de amor de nuestro Dios, llegaban a decirse: «¡Cuán bueno es el Dios de los cristianos, cuán bueno es!» A la verdad, aunque los gentiles fingían los dioses conforme a sus caprichos, con todo, leed las historias y veréis que en medio de tantas fábulas inventadas, nadie llegó a imaginar un dios tan eromorado de los hombres como lo es nuestro verdadero Dios, el cual, para demostrar su amor a sus adoradores y para enriquecerlos de gracias, obró este prodigio de amor de hacerse nuestro perpetuo compañero escondido día y noche en nuestros altares, como si no supiera

apartarse de nosotros un solo instante. *Hizo memorables sus maravillas* (Ps. 110, 4). Así que Vos, dulcísimo Jesús mío, quisisteis obrar el más portentoso de vuestros milagros para satisfacer el extremado deseo que tenéis de estar con nosotros, siempre vecino y presente ¿Y por qué huyen los hombres de vuestra presencia? ¿Cómo pueden vivir tanto tiempo lejos de Vos, y venir a visitaros tan raras veces? Un cuarto de hora en la iglesia les parece un siglo, por el tedio que allí sienten. ¡Oh paciencia de mi Jesús, cuán grande eres! Sí; lo entiendo, Señor mío, la paciencia es grande, porque es grande el amor que tenéis a los hombres, y esto es lo que os obliga a permanecer continuamente entre tantos ingratos.

¡Ah Dios mío!, que siendo infinito en vuestras perfecciones, lo sois también en el amor; no permitáis que de hoy en adelante me cuente yo en el número de los ingratos, como me conté en el pasado. Concededme un amor que corresponda a vuestros merecimientos y a mi obligación. Tiempo hubo en que también

yo experimentaba tedio en vuestra compañía, porque no os amaba u os amaba muy poco; mas si con vuestra gracia llego a amaros mucho, no me cansaré de perseverar días y noches junto a Vos sacramentado. ¡Oh Padre Eterno! Os ofrezco a vuestro mismo Hijo; aceptado, y, por sus méritos, dadme amor tan ferviente y tierno al Santísimo Sacramento, que, al dirigirme a alguna iglesia donde estuviereis sacramentado, piense y desee con ansia el tiempo de ir a recrearme en vuestra presencia.

Jaculatoria.—Dios mío, por amor de Jesús, dadme grande amor al Santísimo Sacramento.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

María es la torre de David, la cual llama el Espíritu Santo en el *Cantar de los Cantares*: *Rodeada de trofeos, mil escudos penden de Ella, todos escudos de héroes* (Cant., 4, 4); torre edificada con mil baluartes y con mil defensas y ar-

mas en beneficio de quienes a Ella acuden. Vos sois, pues, María Santísima, como os llama San Ignacio mártir, la defensa fortísima de cuantos se hallan en el combate. ¡Oh, qué asaltos me dan continuamente mis enemigos para privarme de la gracia de Dios y de vuestra protección, Señora mía amadísima! Pero Vos sois mi fortaleza, como decía San Efrén, y no os desdeñáis de combatir por quienes en Vos confían. Defendedme, pues, y combatid por mí, que tanto confío y espero de Vos.

Jaculatoria.—María, tu nombre es la defensa mía.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

A vos acudo humildemente, piadosísimo José; a vos acudo yo, miserable pecador. No me desamparéis; antes bien, acogedme bajo vuestra poderosa protección. Puesto que Dios, como dice Santa Teresa de Jesús, os nombró su ministro y tesorero universal para alivio

y consuelo de todas las almas, sean cuales fueren sus necesidades, de vos espero confiado el remedio de todas las mías, que son muchas y muy graves. Acogedme y consoladme con la bondad y compasión con que el José de la ley antigua acogió y consoló a sus desgraciados hermanos, hambrientos y desvalidos en tierra extraña. Yo también, como ellos, llevo sobre mi cabeza la maldición de mi Padre celestial, porque, como ellos, he vendido y entregado a la muerte a su Hijo muy amado Jesús, no por treinta monedas, sino por un mísero placer. Sed mi padre y protector, como aquél lo fue de sus desgraciados hermanos, y saciad el hambre cruel de gracia que me consume por haberme separado de mi Dios por el pecado. Aliviad mis necesidades con los tesoros puestos en vuestras manos por el Rey de la gloria, para que vuelva a su compañía esta su hija querida, mi alma, hecha esclava del demonio por la culpa. *Vos, que sois el consuelo de los pecadores*, consolad a éste que se pone humildemente bajo vuestra protección.

Jaculatoria.—¡Oh San José! Alumbradme en las tinieblas de este mundo, dirigid mis pasos y apartadme de la perdición.

Oración, pág. 26.

VIGESIMOCTAVA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Habiéndonos dado Dios a su mismo Hijo, dice San Pablo, ¿por qué temeremos nos haya de negar? Sabemos que el Eterno Padre todo cuanto tiene lo dio a Jesucristo. Agradezcamos, pues, siempre la bondad, la misericordia, la libertad de nuestro amantísimo Dios, que nos quiso hacer ricos de toda clase de bienes y gracias, dándonos a Jesús en el Sacramento del altar. *En todo fuisteis enriquecidos en Él..., hasta no estar faltos de ningún carisma* (I Cor., 5, 7). Así que, ¡oh Salvador del mundo, oh Verbo humanado!, puedo pensar que sois mío, y todo mío si yo quisiera. Mas, ¿puedo

igualmente decir que soy todo vuestro como queréis? ¡Ay, Señor mío!, haced que no se vea en el mundo el desconcierto e ingratitud de que yo no sea vuestro cuando Vos queréis. Nunca suceda así. Si así fue en lo pasado, no lo sea en lo futuro. Hoy me consagro decididamente a Vos; os consagro para el tiempo y la eternidad, vida, voluntad, pensamientos, obras y padecimientos. Soy todo vuestro, y, como víctima a Vos consagrada, me despido de las criaturas y me consagro enteramente a Vos, consumidme con las llamas de vuestro divino amor. No quiero que las criaturas tengan parte en mi corazón. Las señales que me disteis del amor que me tenéis cuando yo no os amaba, me hacen esperar que ciertamente me recibiréis ahora, que os amo y me entrego a Vos por amor.

Eterno Padre: os ofrezco todas las virtudes, actos y afectos del Corazón de vuestro amado Jesús. Aceptadlos por mí y por sus méritos, que todos son míos, pues Él me los ha dado. Concededme las gracias que Jesús os pide para mí. Con estos merecimientos, os doy tam-

bién gracias de tantas misericordias tenidas conmigo. Con éstos satisfago cuanto os debo por mis pecados; con éstos espero de Vos toda gracia: el perdón, la perseverancia, el cielo y, sobre todo, el don sumo de vuestro puro amor. Comprendo que soy quien a todo pone impedimento, mas esto Vos también lo remediaréis. Os lo ruego por amor de Jesucristo, el cual prometió: *Si alguna cosa pidiereis al Padre en nombre Mío, os la concederá* (Jo., 16, 23). Yo no quiero, Señor, sino amaros, entregarme enteramente a Vos, y dejar de ser ya tan ingrato y desleal como lo he sido hasta ahora. Miradme y oídmе; haced que hoy sea el día en que me convierta a Vos para nunca más dejar de amaros. Os amo, Dios mío; os amo, bondad infinita; os amo, amor mío, paraíso mío, bien mío, vida mía y mi todo.

Jaculatoria.—Jesús mío, todo mío, Vos me queréis y yo os quiero.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

¡Cuánto alivio siento en mis miserias, cuánto consuelo en mis tribulaciones, cuánto esfuerzo recibo en las tentaciones, cuando pienso en Vos y os llamo en mi ayuda, ¡oh dulcísima y santísima Madre mía! Sí, tenéis razón, santos, en llamar a mi Señora *puerto de atribulados*, como San Efrén; *alivio de nuestras miserias y consuelo de desgraciados*, como San Buenaventura; *remedio de nuestro llanto*, como San Germán. María mía, consoladme; me veo lleno de pecados, cercado de enemigos, sin virtud, frío en el amor de Dios. Consoladme, consoladme, y sea el consuelo hacerme comenzar una vida nueva que agrade en verdad a vuestro Hijo y a Vos.

Jaculatoria.—Mudadme, Madre mía, mudadme, que Vos lo podéis hacer.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Cuanto más os contemplo, glorioso Patriarca San José, más os admiro, y más motivos encuentro para alabar y bendecir a Dios, que premia a cada uno según sus méritos. ¡Con qué fidelidad respondéis al sublime destino que Dios os ha marcado, y con qué generosidad premia Dios vuestra fidelidad; Dios os hace padre nutricio de su Hijo santísimo y esposo de su bendita Madre, y como tal, Patriarca del pueblo cristiano y Patrón de su Iglesia santa, y vos correspondéis, como siervo fiel y prudente, consagrándoos por completo al cumplimiento de tan alta misión, sin reparar en sacrificios, mereciendo en recompensa la gloria eterna que gozáis en el cielo y las bendiciones y alabanzas que sin cesar os prodigan los hombres. ¡Cómo me confunde y avergüenza vuestra sublime conducta! Yo también he recibido de Dios una misión grandísima: la de conservar pura y hermosa mi alma, para entregársela cuando me lo exija sin

mancha de pecado y digna de Él. Pero, ¿cómo la desempeño? ¡Desgraciado! Olvidado enteramente de mi deber, sólo vivo para este cuerpo miserable que ha de ser pasto de los gusanos, y dejo mi alma a merced de su enemigo más cruel, que la degrada y envilece, convirtiéndola de hija hermosa del Rey de los reyes, en esclava vil del peor de los tiranos. *Hacedme*, protector mío, *conocer mi sublime destino*, para que siendo, como vos, un siervo fiel, merezca también, como vos, oír aquellas consoladoras palabras del gran Padre de familias: «Levántate, siervo bueno y fiel: entra en el gozo de tu Señor.»

Jaculatoria.—¡Oh pacentísimo José! Hacedme conocer la voluntad de Dios y que sea fiel a ella.

Oración, pág. 26.

VIGESIMONONA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

Yo estoy a la puerta y llamo (Apoc., 3, 20). ¡Oh Pastor amantísimo, que por amor de vuestras ovejuelas, no satisfecho con haber muerto una vez sacrificado en el ara de la cruz, quisisteis, además, quedaros oculto en este divino Sacramento en los altares de nuestras iglesias, para estar siempre cerca de nosotros y llamar a la puerta de nuestros corazones para entrar en ellos! ¡Ah, si yo supiese gozar de vuestra proximidad como gozaba la Esposa de los Cantares, la cual decía: *Me senté a la sombra de Aquel a quien había deseado* (Cant., 2, 3). ¡Ah, si yo os amara, si os amara de veras, amabilísimo Sacramento! Entonces sí que desearía no apartarme del Tabernáculo ni de noche ni de día, y quedándome junto a vuestra Majestad, aunque encubierta bajo la aparente sombra

de las sagradas especies, hallaría aquellas delicias divinas y aquel contento que hallan vuestras almas enamoradas. Atraedme con los amores de vuestra hermosura y del inmenso amor que manifestáis en este Sacramento. Sí, Salvador, Redentor mío; dejaré entonces las criaturas y todos los placeres terrenos para correr apresurado hacia Vos sacramentado. *Tus hijos, cual renuevos de olivo, en torno a tu mesa* (Ps., 127, 3). ¡Oh qué frutos de santas virtudes ofrecen a Dios, a modo de renuevo, las almas dichosas que rodean con amor los sagrarios; ¡Me avergüenzo de presentarme ante Vos, Jesús mío, desnudo y desprovisto de virtudes. Tenéis ordenado que el que venga al altar a honraros no vaya sin algún don que ofreceros. Pues ¿qué he de hacer? ¿No volver más a visitaros? No, que esto no os agrada. Vendré, pobre cual soy, y Vos me proveeréis de los dones que de mí queréis. Veo que os quedáis en este Sacramento no sólo para remediar a vuestros amantes, sino para proveer también a los pobres con

vuestros bienes. ¡Ea, pues, Señor, comenzad desde hoy!

Os adoro, Rey de mi corazón, verdadero amante de los hombres, Pastor enamorado de vuestras ovejuelas; y a este trono de vuestro amor me acerco ahora; como no tengo más don que ofrecer, os presento mi miserable corazón, para que del todo quede consagrado a vuestro amor y beneplácito. Con este corazón puedo amaros, y con él os quiero amar cuanto pueda. Atraedlo, pues, y unidlo enteramente a vuestra voluntad, para que yo, también, de hoy en adelante, pueda decir contento como decía vuestro amado discípulo, que estoy *prisionero de Cristo Jesús* (Ef., 3, 1). Unidme, Señor mío, del todo con Vos y haced que me olvide de mí mismo, a fin de que llegue un día en que venturosamente me desprenda de todas las cosas y hasta de mí mismo para hallaros a Vos solo, amándoos siempre. Os amo, Señor mío sacramentado, a Vos me entrego, a Vos me uno; haced que os halle, haced que os ame, y no os apartéis ya más de mí.

Jaculatoria.—Jesús mío, Vos solo me bastáis.

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo llama a María *camino real del Salvador*; camino seguro para hallar al Salvador y la salvación. Pues si es verdad, ¡oh Reina!, que sois, como dice el mismo santo, el vehículo de nuestras almas a Dios, ¡ah Señora!, no esperéis que yo llegue a Él si Vos no me lleváis en brazos. Llevadme, llevadme, y si me resistiere, llevadme a la fuerza; obligad a mi alma, con los dulces atractivos de vuestra caridad, a dejar las criaturas y buscar sólo a Dios y su divina voluntad. Mostrad al cielo lo poderosa que sois; mostrad, después de tantos prodigios, este otro prodigio de vuestra misericordia, uniendo enteramente a Dios a quien tan lejos de Dios estaba.

Jaculatoria.—¡Oh María!, Vos podéis hacerme santo; de Vos lo espero.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Ya sé, bendito Patriarca José, que mi primer deber es conocer a Dios para servirlo con todas mis fuerzas y amarlo sobre todas las cosas, y conseguir, amándole y sirviéndole, el fin para que he sido creado, esto es, poseerle y gozarle eternamente; pero como hay muchos caminos para subir al cielo, así como en éste hay muchas mansiones, ¿cuál es el que Dios quiere que yo siga para tomarle y hacer en todo su divina voluntad? Vos, que merecisteis que el Señor, por medio de un ángel, os declarase sus altos designios, y los obedecisteis ciegamente, mereciendo con este acto de filial sumisión ser encumbrado sobre todas las criaturas, exceptuada solamente vuestra divina Esposa, alcanzadme la gracia de conocer claramente mi destino sobre la tierra, para cumplirlo. *Hacedme conocer mi vocación*, y, una vez conocida, conseguidme las gracias necesarias para arrollar varonilmente todos los obstáculos que el demonio me ponga

por delante, diciendo con el glorioso San Luis Gonzaga: «¿Qué tiene que ver esto con la eternidad? ¿Qué tiene que ver esto con mi vocación?» Proteged, piadoso Patriarca, a este vuestro humilde hijo que confía en vos, y no consintáis que emprenda un falso camino que le conduzca a la eterna perdición.

Jaculatoria.—¡Felicísimo San José! Hacedme conocer mi vocación y la gracia de corresponder a ella.

Oración, pág. 26.

TRIGESIMA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¿Por qué escondéis vuestro rostro? (Job, 13, 24). Job temía el ver que Dios le escondía su rostro; mas el saber que Jesucristo en el Santísimo Sacramento oculta su majestad, no nos debe causar temor, sino más bien confianza y amor;

porque precisamente para aumentar nuestra confianza y manifestarnos aún más su amor, se quedó en los altares escondido bajo las especies de pan. Novarino dice que Dios, al ocultar su rostro en este Sacramento, nos patentiza su amor. Y, en efecto, ¿quién se atrevería jamás a acercarse a Él confiadamente y manifestarle sus deseos si este Rey del cielo descubriera en los altares los esplendores de su gloria? ¡Ah, Jesús mío!, ¿qué invención puede haber más amorosa que ésta del Santísimo Sacramento, en el cual os ocultáis bajo las apariencias de pan, para haceros amar y hallar en la tierra de quienes os desearan? Razón tenía el profeta de decir que clamasen los hombres y pregonasen por todo el mundo hasta qué punto llegan las invenciones del amor que nos tiene nuestro buen Dios: *Alabad a Yavé, invocad su nombre; dad a conocer sus acciones entre los pueblos* (Is., 12, 4). ¡Oh Corazón amantísimo de mi Jesús, digno de poseer todos los corazones de las criaturas, corazón lleno y siempre lleno de llamas de purísimo amor; oh fuego con-

sumidor!, consumidme del todo y dadme nueva vida de amor y de gracia. Unidme de tal forma a Vos, que nunca más me vuelva a separar. Corazón abierto para ser refugio de las almas, recibidme. Corazón en la cruz atormentado por los pecados del mundo, dadme verdadero dolor de mis pecados. Sé que en este divino Sacramento conserváis los mismos sentimientos de amor que por mí teníais al morir en el Calvario, por lo que deseáis vivamente unirme del todo a Vos. ¿Y será posible que aún resista yo a entregarme del todo a vuestro amor y deseo? ¡Ah, amado Jesús mío!, por vuestros merecimientos, heridme, atadme, sujetadme, unidme estrechamente a vuestro Corazón. Resuelvo este día, ayudado de vuestra gracia, daros todo el gusto posible, pisoteando los respetos humanos, inclinaciones, repugnancias, gustos, comodidades que me puedan impedir el contentaros por completo.

Haced, Señor mío, que lo ejecute de modo que desde ahora todas mis obras, sentimientos y afectos se conformen en

todo con vuestro querer. ¡Oh amor de Dios!, quitad de mi corazón todos los demás amores. ¡Oh María, esperanza mía! Ante Dios todo lo podéis: alcanzadme la gracia de ser fiel siervo del puro y abrasado amor de Jesús hasta la muerte. Amén, amén. Así lo espero. Así sea, en el tiempo y en la eternidad.

Jaculatoria.—¿Quién nos apartará del amor de Cristo?

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

San Bernardo afirma que la caridad de María con nosotros no puede ser ni mayor ni más poderosa de lo que es; por lo que siempre se complace en compadecernos con su afecto y socorrernos con su poder. Siendo, por tanto, purísima Reina mía, rica en poder y rica en misericordia, podéis y deseáis salvarnos a todos. Os rogaré, pues, hoy y siempre, con las palabras del devoto Blosio: ¡«Oh Señora,!, protegedme cuando lucho y sostenedme cuando vacilo. María Santí-

sima, en esta gran batalla en que me encuentro luchando contra el infierno, socorredme siempre, y cuando me veáis vacilante y próximo a caer, ¡oh Señora mía!, tendedme entonces la mano con más presteza y sostenedme con más fuerza. ¡Quién sabe, Dios mío, las tentaciones que aún habré de vencer hasta la muerte! No permitáis, esperanza mía, refugio mío, fortaleza mía, María, que vuelva a perder la gracia de Dios, que ya estoy resuelto a acudir siempre y con presteza a Vos en todas las tentaciones, diciendo:

Jaculatoria.—Ayudadme, María; María, ayudadme.

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

Gloriosísimo Patriarca San José: Vos, que tuvisteis la dicha singular de andar toda la vida por los caminos del Señor y jamás os separasteis de ellos, recibiendo como recompensa la gracia de morir la muerte del justo entre las tiernas ca-

ricias de Jesús y de María. ¡oh qué dicha tan sublime!, alcanzadme la gracia de marchar siempre por el camino de los Mandamientos y de no separarme nunca de él, para que, así como a vos os dijo el Señor cuando quiso poner fin a vuestro destierro: *Levántate y vuelve a la tierra de Israel*, también a mí me diga Jesucristo al fin de mi vida: *Levántate, bendito de mi Padre, y ven conmigo a tomar posesión del reino que te tengo preparado desde el principio del mundo*. Haced que, así como vos dejasteis sin pena la tierra extraña de Egipto, porque vuestro corazón no latía más que para Jesús y María, porque ellos constituían vuestro único tesoro, tampoco yo sienta abandonar este mundo por tener puesto mi corazón en el cielo, donde están Jesús y María, únicos objetos de mi amor. No me abandonéis hasta conseguir unirme con ellos y con vos.

Jaculatoria.—¡Oh santo amado, sed nuestro consuelo, e inspiradnos obras dignas de merecer la gloria eterna!

Oración, pág. 26.

TRIGESIMOPRIMERA VISITA

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Oración preparatoria, pág. 22.

¡Qué espectáculo tan bello fue contemplar a nuestro dulce Redentor en aquel día en que, fatigado de caminar, se sentó apacible y amoroso, junto a la fuente, esperando a la samaritana para convertirla y salvarla! *Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó, sin más, junto a la fuente* (Jo., 4, 6). Así también se diría que Él mismo se entretiene ahora con nosotros diariamente, bajando del cielo a nuestros altares, como a tantas otras fuentes de gracias, esperando y convidando a las almas a que le hagan compañía, a lo menos por algún tiempo, a fin de atraerlas así a su perfecto amor. Desde todos los altares en que está Jesús sacramentado diríase que habla y dice a todos: «Hombres, ¿por qué huís de mi presencia? ¿Por qué no venís y os acercáis a Mí, que tanto os amo, y

que por vosotros estoy aquí tan humillado? ¿Qué teméis? Ahora no vine al mundo a juzgar, sino que me oculto en este Sacramento de amor sólo para hacer bien y salvar a todos los que acuden a Mí.» *No vine para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo* (Jo., 12., 47). Entendamos, pues, que así como Jesucristo está en el cielo, *siempre viviente para interceder a favor de ellos* (Hebr., 7, 25), así también en el Sacramento del altar está continuamente, día y noche, haciendo este piadoso oficio de abogado nuestro, ofreciéndose al Eterno Padre como víctima para alcanzarnos de Él innumerables misericordias y gracias. Por esto decía el devoto Kempis que habíamos de acercarnos a hablar a Jesús sacramentado sin temor a sus castigos y sin encogimiento, sino como habla el amigo con el amigo.

Ya, pues, que me lo permitís, dejad, ¡oh invisible Rey mío y Señor!, que os abra mi corazón confiadamente y os diga: ¡Oh Jesús mío, oh enamorado de las almas! Conozco bien el agravio que os hacen los hombres. Vos los amáis, y

no sois amado; les hacéis bien, y recibís desprecios; queréis hacerles oír vuestra voz, y no os escuchan; les ofrecéis vuestras gracias, y las desprecian. ¡Ah, Jesús mío!, ¿y será verdad que también yo hice causa común con estos ingratos para ofenderos? Demasiado cierto es, Dios mío; pero resuelvo enmendarme y compensar en los días que me resten de vida los disgustos que os di, y hacer cuanto pudiere por complaceros y agradaros. Decid, Señor, qué es lo que queréis de mí, pues todo lo quiero hacer sin reserva; dádmelo a entender por medio de la santa obediencia, y espero ejecutarlo. Dios mío, os prometo con toda firmeza no omitir desde hoy cosa alguna que entienda ser de vuestro mayor agrado, aun cuando tuviere que perderlo todo: parientes, amigos, estima, salud y hasta la vida. Piérdase todo, con tal que os dé gusto a Vos. ¡Pérdida dichosa cuando se pierde y sacrifica todo por contentar a vuestro Corazón! ¡Oh Dios de mi alma! Os amo, sumo bien, más amable que cualquiera otro bien, y para amaros uno mi pobre corazón a los

corazones con que os aman los serafines; lo uno al Corazón de María y al Corazón de Jesús. Os amo con todo mi ser, y sólo a Vos quiero amar, y siempre a Vos sólo quiero amar, y sólo a Vos quiero y me propongo amar para siempre.

Jaculatoria.—¡Dios mío, Dios mío, vuestro soy y Vos sois mío!

Comunión espiritual, pág. 21.

A MARÍA SANTÍSIMA

Dice el beato Amadeo que nuestra felicísima Reina María está continuamente en la presencia divina, ejerciendo el oficio de abogada nuestra e interponiendo sus súplicas, que son poderosísimas ante Dios. Porque, añade, Ella ve nuestras miserias y peligros, que, como clementísima Señora, compadece y remedia con amor de Madre. De modo, Abogada y Madre mía amorosísima, ¿ahora mismo veis las miserias de mi alma y mis peligros, y estáis rogando por mí? Ro-

gad, rogad, y nunca dejéis de rogar, hasta que me veáis salvo y dándoos gracias de ello en el cielo. Vos, después de vuestro Unigénito, dice el devoto Blois, sois, dulcísima María, la segura salvación de cuantos son vuestros siervos fieles. Hoy os pido esta gracia: concedme la dicha de ser vuestro fiel esclavo hasta la muerte, para que después de ella vaya a bendeciros al cielo, seguro de no volver ya a apartarme de vuestras sagradas plantas, mientras Dios sea Dios.

Jaculatoria.—¡Oh María, Madre mía, haced que sea siempre vuestro!

Oración, pág. 24.

A SAN JOSÉ

¡Oh glorioso Patriarca José! Grande fue vuestra misión en la tierra, crueles las tribulaciones que llenaron de amargura vuestro corazón y terribles las pruebas a que os sometió el Señor durante vuestra vida santísima; pero no

fue menos grande el heroísmo con que luchasteis hasta el fin, ni menos dulces los consuelos con que os regaló el Señor, ni menos gloriosa y magnífica la corona de vuestro triunfo. ¡Qué muerte tan preciosa la vuestra! La tierra os despide colmándoos de bendiciones, los cielos os reciben con júbilo, los ángeles entonan en vuestra alabanza himnos de celestial armonía, Jesús y María os abrazan cariñosamente, y el Padre Eterno os ciñe la diadema de la eternidad. Con razón dice la Sagrada Escritura que la muerte de los santos es preciosa a los ojos del Señor.

Pedid, bendito protector mío, pedid a Jesús que me conceda *una muerte tan dichosa como la vuestra*. Decidle que hable a mi corazón, infundiéndole un amor ardiente, una esperanza inquebrantable y una fe sin límites, para que, amándolo sobre todas las cosas y confiado sin vacilaciones en sus divinas promesas, logre, como vos, una dichosa muerte, principio de una felicidad sin límites. ¡Qué feliz sería yo si muriese, a imitación

vuestra, entre los brazos de Jesús y de María!

Jaculatoria.—¡Santo protector! Que merezca, por vuestra intercesión, una dichosa y santa muerte.

Oración, pág. 26.

INDICE

Págs.

DEDICATORIA: A María, Madre de Dios, siempre Virgen e Inmacu- lada	5
AL LECTOR	7

INTRODUCCIÓN:

I.—De la visita al Santísimo Sa- cramento	9
II.—De la visita a María Santi- sima	16
III.—De la comunión espiritual ...	19
Acto para comulgar espiritualmente.	21
Oración preparatoria	22
Súplica a María Santísima, para to- dos los días, después de su visita.	24
Súplica a San José, para todos los días, después de su visita	26
Día primero	26
— segundo	33
— tercero	38
— cuarto	43

Día quinto	48
— sexto	54
— séptimo	59
— octavo	65
— noveno	70
— diez	75
— once	82
— doce	88
— trece	93
— catorce	99
— quince	105
— dieciséis	111
— diecisiete	116
— dieciocho	122
— diecinueve	128
— veinte	134
— veintiuno	140
— veintidós	147
— veintitrés	152
— veinticuatro	159
— veinticinco	166
— veintiséis	171
— veintisiete	177
— veintiocho	182
— veintinueve	188
— treinta	193
— treinta y uno	199